



Antes
de dormir
javier martos

Antes de dormir
Javier Martos

Título original: Antes de dormir

(seis relatos)

2018 © Javier Martos

Ilustración de la portada: Foundry Co (Pixabay)

Primera edición: agosto 2018

Amazon

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, salvo autorización expresa y por escrito de su autor.

«No era mi día. Ni mi semana. Ni mi año. Ni mi vida.»
Charles Bukowsky

Índice

[Prólogo](#)

[Un saco de arpillera](#)

[Dientes de septiembre](#)

[Atrapasueños](#)

[El vendedor de biblias](#)

[La cabina de teléfono](#)

[Un mundo maravilloso](#)

[Notas del autor](#)

[Contacta con el autor](#)

Prólogo

Todo escritor debería sumergirse en el universo de los relatos.

Antes de enfrascarse en una novela, cualquier autor tendría que curtirse en el ámbito de las historias cortas. No hay otro modo de aprender. Si un autor no consigue atraparte, sorprenderte y emocionarte en un cuento de pocas páginas, difícilmente lo hará con un libro de cien mil palabras.

Leyendo relatos fue como resolví que quería dedicarme a la literatura. Tendría doce o trece años (para entonces ya había leído algunas novelas para adultos —la primera fue *Apocalipsis* de Stephen King—), y me encontraba en un centro comercial, rebuscando en un cajón enorme de libros a precio de saldo. Mi madre esperaba con impaciencia a que eligiera el libro que podría llevarme a casa. Pero yo no me decidía. Entonces, un hombre se me acercó, removi6 algunos libros y cogió uno en concreto. Se titulada *Doce pistas falsas* y el autor era un tal Jeffrey Archer, de quien no había oído hablar en mi vida. «Llévate este», me dijo el hombre. Miré a mi madre, que asintió, y la recopilación de relatos de Archer acabó en mi mesita de noche.

Leí el libro en un par de sentadas. Esos relatos eran joyas. Finales sorprendentes, giros hilarantes, personajes enigmáticos, tramas magníficas. Cuando acabé la última página, ya estaba completamente convencido de que deseaba, *anhelaba*, escribir historias como esas. Y así empecé a escribir mis propios cuentos, los cuales con toda certeza acababan guardados en un cajón. Hasta que un día, tras leer *La zona muerta* de Stephen King, decidí que había llegado el momento de probar suerte. En el momento en que escribo este prólogo, ya he publicado cuatro libros propios. Pero déjame que vuelva a mi niñez.

Como no podía ser de otra manera, busqué todas las antologías de relatos de Jeffrey Archer, que os recomiendo aquí y ahora: *Un carcaj lleno de flechas*, *Casi culpables*, *En pocas palabras*, *Jaque mate...* y un par más que están inéditas en castellano. Si no las has leído, ve a la librería a por ellas. No te arrepentirás.

No obstante, mi pasión por las historias cortas no se redujo a este autor británico. A los pocos meses, ya me había hecho con algunas de las primeras recopilaciones de Stephen King. «La boca saltarina» y «La estación de las

lluvias», de la obra *Pesadillas y alucinaciones*, son dos textos de obligada lectura tanto para lectores como para escritores. Más de cien relatos escribió King en sus antologías: *El umbral de la noche*, *Historias fantásticas*, *Todo es eventual*, *Después del anochecer*, *El bazar de los malos sueños*, entre otras.

Los relatos son la semilla de cualquier buen novelista. A la historia me remito. ¿Quién no ha disfrutado con los relatos de Richard Matheson? ¿Qué escritor no ha acabado de leer «El examen» o «Lemmings» y no ha sentido envidia por no haber sido él quien escribiera esos cuentos?

Todos los buenos escritores se han esforzado por aprender el oficio a través de los relatos cortos. Piensa en Orson Scott Card, que escribió *El juego de Ender* —uno de los mejores libros de ciencia ficción— a partir de un cuento corto basado en la misma historia. Como es obvio, también tiene recopilaciones completas: *El guardián de los sueños*, *Mapas en un espejo...*

Joe Hill (con *Fantasmas*, donde se incluye la joya «La ley de la gravedad»), Ray Bradbury (con *El hombre ilustrado*), Philip K. Dick (con sus *Cuentos completos*), Neil Gaiman (con *Objetos frágiles*), Clive Barker (con varios tomos de *Libros de sangre*) se han adentrado en el mundo de la historia corta. ¡Hasta el mismísimo J. R. R. Tolkien escribió relatos! Si no lo habéis leído, buscad y devorad su fabuloso *Cuentos inconclusos*, ambientado en el universo de *El señor de los anillos*.

Insisto, si eres lector, lee relatos. Si eres escritor, escribe relatos. Y aprende a escribirlos leyendo recopilatorios, ya sean de un único autor o compilaciones de varios escritores, de modo que puedas palpar las diferencias de estilo y los distintos puntos de vista de temas comunes. *Zombies* y *Muertos vivientes* son dos buenos ejemplos de autores extranjeros, editados por Minotauro en 2009 y 2010, respectivamente. También *Transgresiones*, publicado por Roca Editorial en 2007. *Para mí tu carne* (23 Escalones Editorial, 2011) o *20 historias inquietantes* (Minotauro, 2009), *Visiones 2016* (AEFCFT, 2016), donde participo con el relato «El chico que vivía en la estación donde ella nunca se bajó», son tres títulos corales de autores españoles. *Apuntes macabros* de Juan de Dios Garduño (23 Escalones Editorial, 2011), *Gritos antes de morir* de Laura Falcó (Editorial Libros del Silencio, 2012) podrían ser dos buenas recomendaciones de recopilaciones de un único autor. Incluso aprovecharía —permíteme el abuso— para recomendar mi propia antología de relatos, *Una hamburguesa para cenar*, que editó Tyrannosaurus Books en diciembre de 2014.

No menciono mi propia obra para hacer mera publicidad, sino para

predicar con el ejemplo. Leo todos los relatos que puedo, he escrito más de cincuenta historias cortas que han sido publicadas en distintos sitios y formatos. Así es como se aprende. Así es como uno siembra para poder cosechar más tarde las fuerzas, habilidades y técnicas para escribir una buena novela.

He aquí seis historias que he querido compartir contigo, estimado lector, y espero que tú las disfrutes como las he disfrutado yo. Espero que al acabar el libro sigas teniendo ganas de más.

Dicen que las antologías de relatos cada vez se venden peor. Pero la realidad es que una a una, incesantemente, siguen saliendo al mercado. Yo sigo leyéndolas. Te animo a que tú sigas leyéndolas. Sin relatos no tendríamos buenas novelas. Y sin buenas novelas el mundo sería un poco más oscuro.

Ahora, pasa la página. ¿Para qué voy a entretenerme más?

Javier Martos
Agosto de 2018

Un saco de arpillera

El calor era sofocante en aquel día de septiembre en que el sol apretaba como si fuera el último.

La vieja ranchera oxidada frenó en seco delante de la amplia y destartada cabaña de madera que hacía las veces de ultramarinos, ferretería y taller de reparaciones, y una nube de polvo candente se formó a su alrededor. Debajo del capó, el núcleo abrasador del mismo infierno, el ventilador del radiador siguió en funcionamiento durante casi un minuto después de quitar la llave del contacto, tosiendo para intentar enfriar un motor a punto de derretirse.

La bota izquierda del viejo que conducía la ranchera se posó en un suelo tórrido que le quemó la planta del pie. La bocanada de aire caliente que le impactó en el rostro al apearse le hizo jadear. El pelo largo, desmadejado y gris se le pegaba a la piel, que segregaba densas gotas de sudor amarillento.

El viejo, de aspecto robusto y desagradable, de casi dos metros de estatura y bastante ancho de espaldas, empujó la puerta de la cabaña y el abalorio que colgaba del techo anunció su llegada con un áspero tintineo metálico, aunque el chirrido de los goznes herrumbrosos ocultó el sonido bajo un graznido de cuervos. Durante unos segundos, el hombre se detuvo, dejando que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y disfrutando de la momentánea sensación de frescor, aunque enseguida volvió a notar la temperatura asfixiante del aire.

El dependiente, un joven que masticaba chicle como las cabras mascan la hierba, alzó la vista desde detrás del mostrador sin decir ni una palabra. Probablemente estaba sentado en la taza del váter el día en que repartieron los buenos modales, esos que incluían saludar a los hombres y sonreír a las ancianas. De mala gana, aguardó a que la figura se acercara hasta su lado y entonces dobló por la mitad el periódico que estaba leyendo.

—Hace calor, ¿eh? —espetó el muchacho con una mueca socarrona.

—Necesito uno nuevo —le atajó el viejo, sin hacer caso del comentario, y dejó caer sobre el mostrador un saco de arpillera con un visible boquete roído en el lateral. El borde del agujero, salteado con ásperas cuerdas rotas y

despeluchadas, mostraba unas extrañas manchas rojizas, sangre quizá, a juzgar a primera vista, aunque bien podría tratarse de vino reseco... o barro. Sí, lo más probable era que solo fuese barro.

—Vaya, ¿han sido las ratas?

—Algo así —respondió el viejo.

—Debe de guardar algo muy sabroso ahí dentro para que las ratas se molesten en rasgar un saco de arpillera tan grueso como este...

—Muy sabroso, sí —dijo el viejo, aunque parecía que hablaba para sí mismo, como degustando las palabras.

—Yo odio las ratas. ¡Las detesto, qué asco dan!

—Lo necesito del mismo tamaño —interrumpió el viejo.

El muchacho calculó que dentro habría espacio suficiente para un perro grande, un san Bernardo mediano o alguno parecido; o bastantes kilos de maíz, en su lugar.

—¿Tan grande? Lleno hasta arriba le pesará demasiado, ¿no cree?

—No lo creo.

—Ah... —y luego se quedó sin palabras.

El joven puso los ojos en blanco, como si estuviera acostumbrado a lidiar con clientes tan exasperantes como aquel. Tampoco es que tuviese demasiado interés en intimar con el viejo; hacía demasiado calor incluso para charlar de chicas desnudas o cerveza gratis.

—¿Cuántos quiere? —preguntó de mala gana.

—Con uno me basta.

—¿No prefiere llevarse dos?

—No, no lo prefiero.

Medió un silencio entre ellos. Luego, el joven desapareció por uno de los pasillos de la cabaña y regresó al cabo de un par de minutos con un saco nuevo en las manos. Lo dejó encima del saco roto y animó al viejo a que lo cogiera. Este estiró de ambos lados, comprobando su resistencia. Seguidamente tiró de los bordes y miró al interior. De tamaño iba perfecto, también de grosor. Además parecía lo bastante resistente. Sí, los había tenido mejores, pero por el momento este le podía bastar.

—¿Cuánto es? —preguntó con voz áspera, el calor oprimiéndole las cuerdas vocales, el sudor creándole manchas de sudor bajo las axilas. Los dedos de los pies empapados en la puntera de sus botas.

—Cuatro con sesenta y cinco —respondió el muchacho, que tuvo que marcar a mano el código de identificación en la máquina registradora por

tratarse de un artículo que no se vendía con asiduidad.

El viejo se metió la mano derecha en el bolsillo de los pantalones vaqueros y sacó un puñado de monedas pegajosas y un par de billetes arrugados. Eligió el billete de cinco y le indicó al muchacho que se quedara con el cambio.

—Muchas gracias, señor —concedió, consciente de que se trataba de una miseria, aunque casi nadie de los alrededores le solía dejar propina.

Sin decir nada más, el viejo se volvió y se dirigió a la salida, desapareciendo de la vida del joven de la misma manera en que había llegado: súbitamente.

Fuera, se oyó el gruñido de la portezuela al cerrarse y luego el motor de la vieja ranchera rugió con fuerza después de carraspear en un par de ocasiones. Paulatinamente, el sonido se fue apagando a la par que el vehículo se hacía cada vez más diminuto en la superficie de la carretera hecha de un alquitrán que a aquellas horas de la tarde parecía casi fundido.

En el interior de la cabaña, el muchacho volvía a prestarle atención a las noticias de sucesos del periódico:

«HALLADO NIÑO DESAPARECIDO DESDE HACE DÍAS», rezaba el titular.

La noticia se desarrollaba en un artículo de dos columnas:

«El pequeño Simón Vilá fue hallado a unos quince kilómetros de Miranda en la tarde de ayer, en mitad del desierto, deshidratado e inconsciente bajo un sol calcinador. De hecho, aún permanece ingresado en el hospital general de Serena, con claras quemaduras en la piel y claros signos de inanición. Los padres, felices y satisfechos después del reencuentro con su hijo no han querido hacer demasiadas declaraciones, más allá de mostrar su agradecimiento con las autoridades que han conseguido hallar a Simón con vida. Fuentes policiales cercanas a esta redacción han confirmado que el niño fue encontrado sin aparentes agresiones físicas, aunque resulta inquietante que debajo de las uñas y entre los dientes hubiera restos de sangre y estopa, de modo que se baraja la hipótesis de que estuviera retenido u oculto en alguna granja cercana...»

De pronto, el abalorio de la puerta de entrada volvió a repiquetear y sacó al joven dependiente de su ensimismamiento; había entrado un nuevo cliente a la cabaña.

Pasados unos minutos de la medianoche, en la casa veintiuno de una zona residencial cercana, el pequeño David le rogaba a su padre desde la cama que le permitiera dejar encendido el televisor un rato más, pues en el canal por cable estaban emitiendo una película de zombis que le fascinaba de verdad, tanto o más que la de vampiros de la noche anterior.

La temperatura seguía siendo acuciante, las aspas del ventilador del techo apenas si lograban refrescar un poco la habitación, limitándose a mover el aire caliente de un rincón a otro.

—No, David, duérmete ya —le ordenó su padre, exhausto y de mal humor.

—Pero quiero ver la tele... —protestó el niño.

—Te he dicho que no. Es tardísimo.

—Por favor... —dijo con un tono de voz disfrazado de súplica sincera, como si jamás hubiese roto un plato.

—No hay más que hablar —zanjó el hombre—. Duérmete. Mañana tienes colegio.

—No.

—Sí.

—¡No!

—Si no te duermes, te voy a... —El padre dejó la frase en suspenso, de nada servía seguir discutiendo con su amado y a la vez irritante mocoso, de forma que pulsó el interruptor de la luz y dejó la estancia en penumbras.

—Buenas noches, David.

—¡Pero... papá!

—Chitón, vas a despertar a tu madre.

—Pero...

El hombre no contestó y abandonó la habitación. Su hijo seguía protestando cuando enfiló el pasillo en dirección a su dormitorio, apagando las luces a su paso y sonriendo para sí mismo al oír a su pequeño desde lejos, enfadado y refunfuñando por lo bajo. Esperaba que no tardase mucho en quedarse dormido. Era un niño encantador, aunque a veces demasiado intenso.

Cuando detectó que su padre no le prestaría la más mínima atención, David agarró con fuerza su oso de peluche y se giró de lado. Tendría que dormirse, no le quedaba otra. Mañana en el colegio alguien le contaría cómo acababa la película de los muertos vivientes.

Cerró los ojos y pensó en perros y gatos, sus animales preferidos. Y enseguida los ojos se le empezaron a cerrar. Tenía sueño, mucho sueño.

De pronto, la puerta del armario empotrado del fondo de la habitación se

entornó ligeramente y una figura oscura —de casi dos metros de estatura y muy ancho de espaldas— apareció de entre las sombras. Las cortinas estaban corridas, y aquella noche no había salido la luna, evitando así que el niño pudiera distinguir el rostro del intruso.

David se sentó en la cama e intentó gritar, pedir socorro, desgarrarse la garganta a voces; de hecho, en su cabeza pronunció «mamá» y «papá» varias docenas de veces, pero el terror le había fundido los circuitos que conectaban su cerebro con las cuerdas vocales y le fue imposible articular palabra alguna.

El hombre se acercó a la cama del niño y abrió el saco de arpillera que llevaba en las manos. Unos instantes más tarde, el pequeño estaba en su interior, semiinconsciente tras el shock de pánico que le había colapsado los sentidos.

Mientras salía por la ventana hacia la oscuridad de la noche, la figura —conocida en algunos círculos infantiles como el Coco— pensó que aquella vez no podía permitirse que el chico escapara.

No como la última vez, se dijo. No como la última vez.

Dientes de septiembre

1

William Perquis tecleaba un importante informe en su ordenador cuando notó que un diente se le movía. Lo presionó con la punta de la lengua y sintió que se balanceaba peligrosamente hacia un lado y otro. Se trataba de un premolar de la parte de arriba, en el lado izquierdo. Un ramalazo de angustia le recorrió el cuerpo; él siempre se esforzaba por lucir un aspecto atractivo y cuidado, no podía permitirse que se le cayese un diente y mostrar una mella cada vez que esbozara una sonrisa. Coordinaba muchos actos sociales y dirigía un sinfín de reuniones con clientes de la compañía. Por Dios, ni siquiera había llegado a los treinta y cinco, era increíble perder un diente a su edad. No podía imaginarse con un diente menos, pareciéndose a una de esas viejas de los cuentos de niños.

Intentó calmarse, quizá no fuese nada. Se llevó los dedos al premolar y lo empujó. No le cabía duda: el diente se había aflojado de forma alarmante. Notó un regusto a herrumbre y cuando retiró los dedos los vio ligeramente manchados de sangre.

—¡Maldita sea! —farfulló.

William apagó el monitor de su ordenador y abrió la boca para intentar verse en el reflejo de la pantalla ennegrecida, pero no logró distinguir nada con claridad. Se levantó de la mesa y abandonó pasillo abajo su ostentosa oficina de la planta 92 del rascacielos, dirigiéndose con semblante preocupado y cabeza gacha hacia el cuarto de baño situado al otro lado de los ascensores principales. El frufú de la moqueta bajo sus pies profería un aspecto lúgubre al corredor desierto y decorado de forma impersonal.

En el interior del baño también se encontraba solo. William se acercó a los lavabos y se enfrentó al espejo. Vio a un hombre con un traje negro de Armani y una corbata de doscientos dólares a juego. Sus ojos azules estaban rodeados de finas arrugas otorgadas por el ritmo frenético de trabajo que tenían en la compañía de seguros. Se sentía exhausto. Quizá necesitara unas vacaciones.

William suspiró y se inclinó sobre el cristal. Hizo una mueca y estiró el

labio hacia atrás, dejando visible la ristra de dientes blancos de su dentadura alineada. Agarró el premolar con los dedos índice y pulgar y lo movió con cuidado. Efectivamente, aquel diente no le duraría en su sitio hasta la hora del almuerzo. Soltó un exabrupto y se examinó el resto de la boca. Deslizó la lengua por la superficie de todos los dientes y calculó que al menos otros tres estaban aflojados. Las encías le sangraban.

Miró su reloj de muñeca y comprobó que solo eran las diez de la mañana. Se apretó el nudo de la corbata y parpadeó ante el espejo.

Abrió el grifo de agua fría y se enjuagó la boca. Escupió el líquido teñido de rosa y abandonó el cuarto de baño.

De nuevo en su despacho, le pidió a su secretaria que contactara con el doctor Stirling y le explicara que necesitaba una visita urgente para aquel mismo día. La anciana señora Meyer informó a William a través del interfono que podría acercarse a la consulta un par de horas más tarde.

Como era de esperar, William se pasó todo aquel tiempo de espera tocándose el premolar con la lengua una y otra vez, al punto de que cuando cruzó el umbral de la consulta, llevaba el diente en una mano, y otros dos —un canino y una muela— estaban a punto de caerse.

A William no le gustaban los médicos, de hecho le aterraban. La consulta estaba bañada en tonos blancos. Todo iba a juego con ese color: paredes, muebles, sillones, utensilios, el uniforme de las enfermeras, la bata del doctor Stirling; cada mínimo detalle iba teñido de una capa blanquecina que apestaba a desinfectante.

El doctor Stirling, un hombre enjuto de ojos negros y enormes, miraba la radiografía con gesto adusto. Se acariciaba el mentón con los dedos. Parecía confuso.

—¿Qué ocurre, doctor? —preguntó William.

El doctor carraspeó y lo miró.

—La verdad es que no ocurre nada, señor Perquis. Está usted sano como una manzana.

William vaciló.

—Pero... tengo los dientes sueltos.

—Sí. Es algo muy extraño, porque no hay signos de ninguna enfermedad. Los dientes no están cariados, las encías no están inflamadas y... parecen sanas. La placa de sarro es mínima y no hay señal alguna de periodontitis. Ni siquiera sufres una simple gingivitis. Y ni siquiera siente dolor.

—Pero...

—Abra de nuevo la boca.

William hizo lo propio y el doctor movió la lámpara de luz blanca sobre el hueco de su boca. Aguantó el espejo dental con una mano para separarle la mejilla de la dentadura y volvió a explorarle los dientes con la sonda periodontal. La enfermera introdujo el fino tubo de aspiración para retirar la saliva.

—Todo está correcto —dijo el doctor—. Se ve a simple vista. No hay pérdida ni desgaste en el hueso. No hay motivo alguno para que los dientes se le aflojen.

William no podía hablar con los utensilios que tenía en la boca. El odontólogo continuó hablando:

—El estado de su boca es envidiable.

William abrió los ojos con fuerza. Hubiese preferido tener la boca libre para protestar. Levantó una mano y gimió. El doctor retiró el espejo y la sonda. La enfermera apartó su aspiradora diminuta.

—Doctor, algo le pasa a mis dientes.

El hombre caviló. No sabía qué responderle a su paciente.

—Quizá sea el estrés. O algo genético...

—Mi familia tiene dentaduras muy resistentes. Nadie ha sufrido algo como esto, que yo sepa.

—Insisto en que su boca está muy sana.

—Pero se me ha caído un diente.

—Sí. Y cuando se cepille esta noche se llevará por delante unos cuantos más, me temo...

William reprimió un quejido.

—¿Qué podemos hacer?

—Se le pueden realizar implantes dentales.

—¿Implantes?

—Exacto. Introducirle un tornillo en el hueso y colocarle encima una pieza de porcelana.

William no se lo pensó.

—Hágalo. Póngame la pieza nueva. No puedo salir a la calle con un hueco en la boca.

El doctor sonrió, ante la evidente muestra de vanidad de William y lo calmó:

—El proceso no es inmediato. Primero hay que implantar el tornillo y esperar a que el hueso no lo rechace. Cuando la zona haya cicatrizado,

entonces se coloca la porcelana.

—Empiece cuanto antes. Ahora mismo, si es posible.

—Primero me gustaría que acudiera a un médico general. Que le hagan pruebas. Es muy extraño lo que le está ocurriendo y es necesario hallar la causa del problema. No pretenderá implantarse todos los dientes, ¿verdad? Es... caro.

—No me importa el dinero.

—Pero no debería optar por esa solución sin saber si tiene alguna enfermedad de otra patología distinta a la odontología. En cualquier caso, implantarse los dientes es un proceso... duro, por decirlo de alguna manera.

—Bueno... los actores de Hollywood lo hacen, ¿no? Tienen dentaduras perfectas... y son postizas.

El doctor volvió a sonreír. Se encogió de hombros.

—Sí. Pero a usted le ha pasado algo a lo que hay que buscarle la razón clínica.

William reflexionó.

—¿Qué hago mientras tanto?

—Cuidar de sus dientes, señor Perquis. No coma nada excesivamente duro ni se cepille con demasiada fuerza.

Entonces el doctor Stirling se quitó los guantes de látex y abandonó la sala de la consulta. La enfermera acompañó a William hasta la salida.

2

Como hacen las moscas al posarse una y otra vez en los excrementos de los perros, William no dejó de hurgarse los dientes con la lengua en todo el trayecto a casa, situada en Nueva Jersey, lejos del molesto ajetreo del centro de Nueva York. Cuando aparcó el deportivo en la entrada adoquinada de su hogar, ya se le habían desprendido del todo el canino y la muela que había notado sueltos antes de acudir a la cita con el doctor Stirling, y por entonces otras tantas piezas bailoteaban en sus encías como borrachos danzarines.

Se apeó del coche y escupió ambos dientes al césped. Se quedó parado y observó las diminutas formas irregulares y blancas sobre la hierba, cubiertas de sangre y saliva, y se apresuró a recogerlos. Sabía que no podrían volver a colocárselos y que terminarían en el cubo de la basura, pero dejarlos allí le parecía un acto de absoluta traición hacia su propio organismo. Durante un

instante pensó en las historias infantiles que narraban cómo por la mañana, al despertar, los niños se encontraban monedas bajo la almohada a cambio del diente entregado como sacrificio.

William entró en la casa y, antes de quitarse el abrigo y soltar las llaves en la repisa, se dirigió al cuarto de baño a mirarse los estragos causados en su boca. Se miró al espejo y soltó una maldición ininteligible. Apoyó los brazos en el lavabo y agachó la cabeza. No entendía por qué le estaba pasando aquello. De momento no se notaría demasiado aquel desastre al hablar —si abría la boca más de lo debido o si sonreía, le verían el hueco del canino superior izquierdo, nada más, aunque eso ya le parecía una hecatombe—, pero si se le seguían cayendo uno detrás de otro, tendría que recluirse en casa hasta que los médicos encontraran una solución al problema. No estaba dispuesto a salir a la calle con mellas en la dentadura y que todos se rieran de él. Eso ni pensarlo. Él siempre iba perfecto. Se peinaba con gomina hasta el último cabello de la cabeza, se depilaba el pecho y las piernas, y se afeitaba el rostro un par de veces al día si era necesario. La mediocridad del resto de los hombres de la ciudad no iba con él.

Entró en la cocina y abrió la nevera. Había costillas y mazorcas de maíz. Demasiado duro para sus dientes. Sacó un pack de cuatro yogures y cogió una cuchara del cajón de los cubiertos. Junto a un vaso de zumo de naranja y un poco de queso fresco, es cuanto cenaría aquella noche. Tendría que contentarse con eso si no quería echarse abajo todos los dientes.

Tardó casi una hora en terminar de cenar y aun así se quedó con hambre. Masticaba tan lentamente que más parecía estar tragándose peligrosas dosis de nitroglicerina que un simple yogur de macedonia. Cuando hubo acabado, exhausto y deseando no tener que comer nada más en mucho tiempo, se marchó a la ducha. Dejó que el agua caliente le cayera durante diez minutos por la espalda. Luego cogió la toalla y se envolvió en ella.

Se enfrentó de nuevo al cristal del espejo pero su reflejo empañado no era más que una nube grisácea de partículas de vapor de agua. Hizo una cara sonriente con el dedo, y al darse cuenta de que tendría que hacerle las rayitas en la boca para dibujarle los dientes, limpió el resto del vaho con la palma de la mano extendida. El torso desnudo y el rostro hermoso de William Perquis aparecieron en espejo.

Cogió el cepillo de dientes y le aplicó un poco de pasta. En la primera pasada se arrancó tres muelas y dos premolares de abajo. En la segunda pasada le saltaron dos premolares de la parte de arriba y tuvo que escupirlos

en el lavabo en un esputo de sangre, jabón dentífrico y piezas dentales.

—¡Joder! —gritó a la soledad del baño—. ¡Joder, joder! ¡Esto es una puta mierda!

Se dio cuenta de que le costaba trabajo pronunciar la letra erre. Y ceceaba un poco.

Se aclaró la boca con agua y se miró en el espejo. Los dientes delanteros —los ocho incisivos— aún seguían en su sitio, pero en el fondo de su boca el destrozo había sido de aúpa. Había huecos sanguinolentos en ambos lados de la mandíbula y en la parte superior.

—¡Me cago en la puta!

Sintió que las piernas le flaqueaban. Deambuló hasta su dormitorio y se dejó caer bocarriba sobre la cama. Las sábanas se humedecieron con el agua del cuerpo que William no había terminado de secarse. Se quedó dormido unos segundos después de apoyar la cabeza en la almohada.

A las tres de la madrugada supo que le faltaba el aire y que se ahogaba. Algo le obstruía la garganta y el oxígeno no le llegaba a los pulmones. Estaba empapado en sudor. Se sentó de un salto en la cama, carraspeó, gargajeó y escupió un par de muelas más sobre su regazo.

Sofocó un gemido de pánico y dio un par de bocanadas de aire para recobrar el aliento. Se dio cuenta de que todavía tenía dientes sueltos en la boca. Se levantó y volvió al cuarto de baño, escupiendo en el lavabo hasta cuatro muelas más. Le sorprendió que no le doliese en absoluto.

Aquella situación era inverosímil. William Perquis pensaba que habría cogido alguna enfermedad en uno de sus viajes a la India, aunque hacía ya más de dos años que no la visitaba. Quizá le hubiesen contagiado algo en el prostíbulo al que acudía con asiduidad. También pensó en un mal de ojo. Alguna vieja gitana de Brooklyn echándole una maldición de esas que salían en las películas de serie B.

William, apesadumbrado y herido de muerte en su autoestima —qué mujer se fijaría en él—, regresó a la cama e intentó quedarse dormido de nuevo.

El resto de la noche fue tranquila y no volvió a despertarse.

Cuando amaneció y el reloj despertador electrónico activó la radio, William ya tenía los ojos abiertos y llevaba un buen rato haciendo inventario con la lengua en el interior de su boca. Casi todos los dientes se balanceaban como matrioskas de porcelana. Uno de los incisivos de abajo se le movía tanto que decidió extraérselo con los dedos; se volvería loco antes del mediodía si lo dejaba ahí, luchando por no tumbar la pieza con la sin hueso.

Se vistió y se enfundó uno de sus mejores trajes. Lo hacía para compensar de algún modo el desastre que era su boca. Se ajustó el reloj de pulsera y se perfumó en el baño. Se negó a mostrar su sonrisa al espejo. De todas formas, no había nada por lo que sonreír.

Pasó por la cocina y el estómago le protestó con un rugido. William abrió la nevera y se decantó por un par de rebanadas de pan de molde, lo más blandito que podía llevarse a la boca. No obstante, su osadía acabó por derribarle dos incisivos y el otro canino que le quedaba en la parte superior. Dejó las piezas en el cenicero de la encimera que tenía como adorno, pues él jamás había sido fumador, ni permitía que fumasen en el interior de la casa.

El camino al trabajo fue tranquilo. No encendió la radio y mantuvo la boca abierta para no rozarse los dientes superiores con los de abajo. No quería desprendérselos con la presión de tener la boca cerrada. Había intentado pronunciar un par de frases y se avergonzó al darse cuenta de que le costaba horrores hacerse entender. El aire se le escapaba por los huecos y las letras salían deformadas como un hombre desfigurado en un incendio.

Cuando llegó a la torre norte hizo todo lo posible para no cruzarse con ningún compañero. Subió por el ascensor de alta capacidad y luego en el tramo del ascensor local sin dar los buenos días y se encerró en su despacho hasta media mañana, cuando tenía cita con el doctor Craven, adjunto al seguro médico de la compañía. Durante todo ese tiempo, se quedó como un pasmarote mirando la pantalla apagada de su ordenador, intentando no tocarse los dientes con la lengua. No hacerlo le pareció el trabajo más arduo de toda su vida. Era un martirio contenerse, lo que el cuerpo le pedía era pasar la punta de la lengua por la superficie de las piezas que le quedaban, comprobando una y otra vez si seguían moviéndose o volvían a sostenerse en las encías.

A la hora estipulada, la anciana señora Meyer lo avisó por el interfono y la voz metálica le hizo dar un respingo de su sillón. Bajó hasta el aparcamiento del mismo modo en que había subido a su despacho: como un espía escondiéndose de todos y de todo. Recorrió a toda prisa las calles de Nueva York y menos de treinta minutos después estaba sentado en la consulta del doctor Craven, que le hizo diligentemente una prueba tras otra para decir que, a expensas de lo que confirmaran los resultados, a simple vista parecía estar en excelente estado de revista.

William había sospechado que el doctor Craven le aclararía la situación, que el problema era una mala alimentación, o un virus fácil de derrotar, pero nada más lejos de la verdad. El doctor Craven estaba más sorprendido que el

propio William. La losa de estupor que le cayó sobre los hombros parecía tener el peso del mundo entero y los ojos se le ensombrecieron.

—No se preocupe, señor Perquis —dijo el médico—, encontraremos el problema y lo solucionaremos.

William parecía vencido y entregado.

—Los dientes perdidos no se podrán recuperar ya...

Craven enarcó las cejas.

—La cuestión estética no debería alarmarle.

—Trabajo en el centro. La cuestión estética es fundamental. Somos el centro económico del mundo. Cierro tratos con las personalidades más importantes del planeta...

El doctor parecía comprender, aunque seguía sin compartir la preocupación de William, cegado por el aspecto personal e ignorante de otros muchos males peores que achacaban el mundo. No obstante, intentó consolar a su paciente.

—No se preocupe por eso, de verdad, hoy en día hay prótesis, dentaduras e implantes que le proporcionarán unos dientes incluso más perfectos que los que tenía antes.

—Ya —bufó resignado.

—Lo importante ahora es averiguar qué le ha pasado en la boca y solventar el problema. He solicitado los resultados al laboratorio de forma urgente. A principios de la semana que viene sabremos algo más.

—Entiendo.

—Y ahora, si me disculpa, hay otros pacientes a los que atender.

3

Cuatro noches de septiembre más tarde, el recuento de dientes perdidos en combate sumaba dos muelas más, un premolar y un incisivo. Este último era la última pieza que le quedaba en la parte superior. Abajo, aguardaban paupérrimamente tres incisivos, dos caninos y dos muelas, que se doblaban de un lado a otro como girasoles mecidos por un fuerte viento.

La intensa sensación de hambre —apenas si había comido nada en los últimos días, solo unas papillas y algo de leche, en pos de retrasar algo más lo absolutamente irremediable— se había mitigado un poco, lo que indicaba que su organismo había empezado a tirar de las reservas de grasas y proteínas

almacenadas en épocas de bonanzas alimentarias. No obstante, William se sentía bastante cansado, y con unas inhóspitas y terribles ganas de pasarse por un bufet italiano, sentarse en un rincón y ponerse hasta arriba de todo tipo de pizzas y pastas a la carbonara.

En la oficina se dedicaba a aplazar reuniones, reorganizar planes de trabajo y evitar por todos los medios el encuentro con clientes y compañeros. Su inestimable secretaria, la señora Meyer, hizo varios intentos de saltarse la reclusión a la que su responsable se había sometido en los últimos tres o cuatro días, pero William llegaba mucho antes de la hora al edificio, se encerraba con llave en su despacho y mantenía todas las comunicaciones por teléfono o correo electrónico. Meyer pensó en varias ocasiones que cuando le hablaba por el interfono, William tenía algo en la boca que le impedía hablar con claridad.

Los pocos superiores que insistieron en reunirse con él, tuvieron que prometerle que no hablarían del tema con nadie hasta que los doctores no le hubiesen repuesto la dentadura postiza al completo. Con aire de fingida comprensión, salían uno tras otro del despacho implorando a los dioses para no contagiarse de cualquiera sabe qué cosa había pillado William.

El resto del tiempo, William lo pasaba mirando por la ventana, oteando el horizonte repleto de rascacielos neoyorquinos. Aun pasando por aquel brete, le reconfortaba estar allí arriba, en la planta 92 del rascacielos más alto de la ciudad. Mirar por la ventana le tranquilizaba. Era catártico. Un cielo azul abrazando edificios que acariciaban la barriga del cielo. Sin embargo, no podía pasar allí todo el día, y a eso de las cinco o las seis volvía de nuevo a casa.

Aquella noche, a eso de las tres y media de la madrugada, algo había cambiado y el ramalazo de dolor que sintió William en la boca fue como la suma de doscientos puñetazos en el mentón. Despertó con un grito y se llevó las manos al rostro. El dolor en la boca —concentrado en los pocos dientes que le quedaban— era abrasador, mareante, demoledor. Se tambaleó hasta el baño y se miró al espejo. La sangre le manaba a borbotones de las encías. El sabor le pareció hierro oxidado, aunque él nunca había probado el hierro oxidado, por supuesto. Abrió el grifo de agua fría y dejó que el líquido le invadiera la boca. El dolor no menguaba. Supuso que aquello era lo que sentían las mujeres en un parto, lo que sentían los futbolistas al recibir un balonazo en las partes nobles. Notó un nudo en el estómago. El dolor le provocó nauseas.

Escupió un montón de flema al lavabo y vio que la acompañaban unos cuantos dientes más. Entre el agua, la sangre y el dolor de sus encías, no supo identificarlos, pero el doctor Stirling fácilmente hubiese enumerado las dos muelas, el incisivo superior y otros tres incisivos de la parte inferior.

Se inclinó sobre el lavabo y se asomó a la realidad que le mostraba el espejo. Solo le quedaban dos caninos en la mandíbula inferior. Parecía la sonrisa mellada del mismísimo Conde Drácula vuelta del revés. El dolor no cesaba y se le extendió al resto de la cabeza y a la nuca. Cogió una toalla de la repisa y se taponó la boca, que aún sangraba ligeramente por las encías.

William regresó al dormitorio y se quitó el pijama. Se puso los pantalones del traje del día anterior —algo impensable en otras circunstancias— y se mal abotonó la camisa. Obvió la corbata, se colocó los zapatos y no se paró en arreglar más su aspecto. Pasó por la cocina y tragó un par de pastillas para el dolor que abarcaba ya toda la cabeza, aunque más tarde pudo afirmar que no le habían hecho efecto en absoluto. El deportivo aceleró en el amanecer neoyorquino y el vehículo se perdió entre las calles destino a urgencias.

4

A las seis de la mañana, el doctor Craven entraba en el box donde esperaba William y le leía los resultados de las pruebas. Bajo un halo de estupor y sorpresa del paciente, el médico le informó de que no había ninguna irregularidad en el informe. William Perquis no estaba enfermo, no tenía ningún achaque y su salud era envidiable. Así de simple. Naturalmente, con el tiempo tendría que controlar los triglicéridos y el colesterol, pero aquella mañana de septiembre, William estaba en perfecto estado.

Craven no tenía ni idea de dónde procedía el mal que le había derribado todos los dientes uno detrás de otro. No podía explicar la raíz del problema ni de por qué sufría ese dolor insoportable. Habían tenido que inyectarle una alta dosis de analgésicos para que William aguantara medianamente sin gritar ni desesperarse. El dolor le había nublado la vista y apenas si podía concentrarse en lo que el médico le decía.

—Le hemos hecho más pruebas. Obviamente algo le ocurre. Mi colega Stirling estaba en lo cierto, todo está bien. Está usted completamente sano. Habrá que esperar a los nuevos resultados para descubrir...

—¿Por qué no me hizo esas pruebas la semana pasada?!

Craven se ruborizó.

—Bueno... —El médico carraspeó—. Tanto yo como algunos compañeros a los que he consultado... estamos estupefactos. No se entiende cómo puede habersele caído la práctica totalidad de la dentadura... Es algo insólito.

—¡Por favor! ¡Solúcelo! ¡Me duele! ¡Y hablo como un retrasado!

Durante toda la conversación las sílabas le habían patinado en el paladar. Era frustrante no poder retener el aire en el recoveco de la boca.

—Ya le hemos inyectado analgésicos —dijo el médico—. Una mayor cantidad sería contraproducente...

—¡No me importa!

—Señor Perquis... entienda...

—¡Entienda que he perdido todos los dientes!

—¡Su vida no corre peligro, señor Perquis! ¡En este mismo hospital hay pacientes que sufren enfermedades terminales! ¡Usted no se va a morir!

William se quedó callado. Hasta ese momento no había pensado en la posibilidad de morir por aquello. Solo pensarlo le hizo sentir un miedo horrible y añejo.

Craven lo miró con la comprensión de una carrera médica larga y con sobresaltos. Había tenido delante miles de pacientes aterrados. Era lógico, dadas las circunstancias.

—Veamos, señor Perquis. Su salud es excelente, salvo por la caída de las piezas dentales y el puntual ramalazo de dolor intenso que está sintiendo hoy. Para curarnos en salud, hemos realizado un escáner cerebral en cuanto ha llegado, pero tampoco hemos encontrado nada. El diagnóstico es favorable. Las pruebas de la semana pasada son todas negativas. A priori, está usted más sano que una manzana. Lo que voy a hacer es darle la baja laboral, váyase a casa y descanse, espere los nuevos resultados y no se preocupe por el momento. Quizá sea todo un problema de estrés.

—Llevo estresado cinco años —intervino William—. ¿Por qué iba a pasarme esto ahora? ¿Le ha pasado a alguien alguna vez?

La lógica aplastante de sus palabras no achantó al doctor Craven.

—Váyase a casa y descanse. Tómese las pastillas de novocaína que voy a recetarle y si en un par de días el dolor de cabeza no remite, vuelva aquí. En caso contrario, nos veremos la próxima semana para explicarle los resultados, aunque me temo que serán tan claros como los de hoy.

—¿Claros? Yo diría que no aclaran nada...

—Le desviaré a un psiquiatra. Hay un par amigos míos que son

profesionales excepcionales. Y poco a poco tendrá que ir implantándose las piezas que le faltan...

—Lo dice como si se me hubiesen caído dos dientes... y la realidad es que solo me quedan dos.

Craven suspiró. William Perquis era un paciente irritado, irritable e irritante. Lo mejor era deshacerse de él cuanto antes y pasar a otro paciente que necesitara más su ayuda. No obstante, la singularidad del caso le llamaba poderosamente la atención. Seguiría su historial con detenimiento. Escribiría algún que otro artículo y lo presentaría a revistas especializadas. Y consultaría a otros expertos, por si se hubiese dado algún caso similar en algún lugar recóndito del mundo, aunque sospechaba que no.

La despedida no fue lo cálida que cabría esperar y William salió de la consulta de mala gana y con el humor por los suelos. Se montó en su coche y tragó una de las pastillas que le habían entregado en la zona de farmacia del hospital.

Se asomó al espejo retrovisor y se empujó con la lengua uno de los dos caninos que le quedaban en la parte inferior. El diente se desprendió y William lo agarró con los dedos. Lo dejó en el compartimento de discos del coche. Miró su reloj de pulsera y decidió acercarse a la oficina para dejar los documentos de la baja y recoger el ordenador portátil y algunos de los informes más urgentes. Eran casi las ocho de la mañana, de modo que cuando llegara allí todos estarían en sus puestos, algo que le complicaría llegar hasta su despacho sin ser visto. Sopesó las alternativas y decidió ir de todas formas.

Arrancó el coche y enfiló las calles de Nueva York en dirección a West Street.

5

William salió del ascensor de la planta 92 y recorrió con la cabeza baja el pasillo hasta el recodo que daba a su despacho. Las puertas de su oficina estaban cerradas y, junto a la entrada, la señora Meyer estaba sentada en su escritorio tecleando en el ordenador. William aceleró el paso, con la intención de entrar en el despacho sin detenerse a hablar con Meyer, pero esta se percató de su presencia y presurosa se levantó para interceptarle el paso.

—¿Qué tal está, señor Perquis?

—Bien, señora Meyer.

La anciana posó sus ojos en la boca de William. Había detectado algo en ella, pero no lo identificó a la primera. Los rumores habían apuntado durante toda la semana hacia la posibilidad de que algún accidente le hubiese desfigurado parte de la cara, pero eso podía descartarse a simple vista.

—¿Por qué lleva una semana sin dejarse ver?

William giró la cabeza a un lado.

—No pasa nada. Todo irá bien en poco tiempo.

—Pero...

William intentó rodear a la señora Meyer y entrar en su despacho, pero la mujer le aferró el brazo y lo retuvo con una sacudida.

—Pero ¿se puede saber qué hace? —espetó William, dándose la vuelta hacia ella y apartándole el brazo de un manotazo.

Y entonces la anciana se percató de que le faltaban los dientes. Se llevó las manos a la boca y sofocó un grito.

—Abra la boca —se limitó a decir.

—No —repuso William, como un niño pequeño. Se dio la vuelta y agarró el pomo de la puerta de su oficina.

—Ya lo he visto, señor Perquis, enséñeme la boca.

William se detuvo y no entró en su despacho. Soltó un sonoro suspiro y se enfrentó a la señora Meyer. Abrió la boca y le mostró el único incisivo que le quedaba en la parte inferior. El resto de la boca era una masa rosada con un montón de huecos alineados, como un maizal en el que acababan de recoger la cosecha.

—Por Dios...

—Lo sé. ¿Me entiende ahora?

—Es como los sueños...

Y entonces se quedó callada. Como si hubiese preferido no seguir con aquella frase. Como si lo que estaba a punto de decir fuera algo tabú, algo prohibido.

William no entendió a su secretaria. No más de lo que ella le entendía a él, al no poder siquiera pronunciar con corrección el sonido de las letras. Era como un bebé balbuceando sus primeras palabras.

—Ojalá esto fuese un sueño. Pero la realidad es que estoy hecho un desastre, todo un asco.

—No diga eso.

—No volveré a salir a la calle hasta que me implanten los dientes de Brad Pitt, así de claro.

La señora Meyer dio un paso hacia delante y le puso una mano encima del hombro. Tenía los ojos muy abiertos y esbozaba un mohín indescifrable.

—Lo siento mucho, señor Perquis. Espero que pueda solucionarlo pronto.

—Gracias, Lidia.

Entonces se dio la vuelta y entró en su despacho. Un par de minutos después, volvía a salir con varias carpetas bajo el brazo y su ordenador portátil debajo del otro.

—Lidia...

—¿Sí? —Estaba sentada de nuevo en su mesa, aunque no estaba haciendo nada, salvo esperar a que William saliera de su oficina.

—Trabajaré unos días desde casa. Estaremos en contacto por correo.

—No se preocupe.

—Ehm...

—Dígame, señor Perquis.

—¿A qué se refería con los sueños?

La señora Meyer sonrió.

—Bueno, dice la leyenda que cuando una persona sueña con que se le caen los dientes, es porque alguien va a morir. Y cuando sueña que se le caen con mucho dolor, es porque va a morir alguien cercano... Y si...

William no quiso oír más.

—¡Déjese de leyendas y sueños! ¡Esto es real!

—Pero...

—Pero nada. El doctor Craven se encargará de todo, ya lo verá. Pronto volveré a ser el objetivo de todas las mujeres atractivas de Nueva York.

La señora Meyer esbozó media sonrisa.

—Por supuesto, señor Perquis.

William se despidió de su secretaria y desanduvo el trayecto hasta el ascensor. Durante la bajada a la planta baja, el eco de las palabras de la señora Meyer le retumbó con un estruendo en la cabeza. Si tenía tanta salud como afirmaba en doctor Craven y el odontólogo Stirling, ¿podría tratarse de algo más... exótico? ¿Tendrían algo que ver los sueños de los que hablaba la señora Meyer? ¿Tendría razón el doctor Craven y el mal que le acechaba era psicológico? ¿Algún tipo de estrés no diagnosticado y llevado al extremo por su obsesión de tener un excelente aspecto durante todo el día? Todas aquellas preguntas le atoraron los sentidos como una cascada de agua desenfrenada.

Las puertas del ascensor se abrieron al enorme hall del rascacielos que se extendía en un ir y venir de personas que se dirigían con paso firme a sus

despachos y citas. Antes de dar el primer paso, William sintió que debía confirmar sus pesquisas. Pero...

La idea se le ocurrió de pronto, de modo que dejó que el ascensor volviera a cerrar sus puertas y pulsó con dificultad el botón de la segunda planta del subsuelo, donde se hallaban la mayor parte de las tiendas comerciales del edificio.

No le costó trabajo encontrar la librería. Se acercó al dependiente y le preguntó por los libros de psicología. El joven reprimió el primer impulso que sintió de echarse a reír por la gangosa forma de hablar de William y con un gesto del brazo le dirigió hacia uno de los rincones más alejados del local. William descubrió rápidamente varios libros dedicados a la interpretación de los sueños. Agarró el título más ancho y lo pagó con su tarjeta de crédito. El joven sonreía cabizbajo mientras manipulaba la caja registradora.

Regresó al ascensor y subió hasta el vestíbulo del ascensor local. Cambió de elevador y regresó a la planta 92. Cuando llegó al escritorio de la señora Meyer, ella no estaba allí. Quizá habría ido a hacer fotocopias o a atender algún asunto urgente.

William entró en su despacho y cerró la puerta tras de sí. Dejó las carpetas y el ordenador en la mesa y abrió el libro de los sueños por el índice.

Le resultó sorprendentemente sencillo encontrar la sección donde se encontraban los sueños sobre dientes. William se deslizó la lengua por la encía superior y la notó suave, suave y con muchos huecos. Buscó la página correspondiente y leyó con atención.

«En Chile, soñar con la caída de los dientes significa que alguien va a fallecer. Si la pérdida dental es dolorosa, entonces la muerte corresponde a alguien cercano. Pero si pierdes todos los dientes, entonces significa que eres tú quien va a morir...»

William sintió que le faltaba el aire.

De repente presionó con la lengua la base del incisivo que le quedaba y juró que había podido oír un clic, un ínfimo sonido al desprenderse el diente. William se quedó petrificado. Durante unos segundos no se movió, y dejó que el diente descansara sobre la superficie de su lengua. Luego, muy despacio, se llevó los dedos a la boca y cogió la pieza dental. Ya no le quedaba ninguno. Su boca era igual a cuando nació. El regusto a metal le sacudió como una explosión de sabores en el paladar.

La frase del libro estalló en el fondo de su cabeza y parpadeó como el cartel de neón de un viejo motel: «Pero si pierdes todos los dientes, entonces

significa que eres tú quien va a morir...»

William cerró el libro de un golpe y se levantó de su sillón. Dio unos pasos tambaleantes hacia el fondo de su despacho y alzó la mirada a través del cristal estrecho de las ventanas. Cuando sus ojos interpretaron la imagen que tenían delante, William solo tuvo tiempo de pensar en su madre.

Abrió la boca y susurró:

—Dios mío...

En ese momento, el vuelo 11 de American Airlines, un Boeing 767 con 92 personas a bordo, se incrustó de lleno en la torre norte del World Trade Center. La bola de fuego y el amasijo de aluminio, hierros y plástico lo abrazaron con calidez.

William no sintió dolor.

Atrapasueños

1

La he matado, piensa, y despierta con un respingo.

William Bradley abre los ojos con fuerza y se descubre a sí mismo en la cama doble de su habitación, tendido junto al cuerpo caliente de Sarah, su atractiva y flamante esposa, quien duerme profundamente ajena a la angustia de su marido. El dormitorio es sencillo: paredes blancas sin adornos, un armario color ceniza con detalles grises, un espejo de un metro y medio de alto, una cómoda de ocho cajones y sendas mesitas de noche con una lámpara de luz blanca a cada lado de la cama. En el techo cuelga inmóvil un ventilador de finas aspas de madera negra, y la puerta del aseo permanece cerrada.

Un amplio haz de luz solar se cuele por la ventana, iluminando las partículas de polvo que danzan en el aire. Sábado por la mañana, muy temprano, el gorjeo de los pájaros en las ramas de los árboles del bosque que rodea la casa donde viven, y el olor a tierra mojada después de la lluvia de los últimos días.

William aparta la colcha con una mano y comprueba que el líquido que le cubre el cuerpo es sudor en vez de sangre. Está completamente empapado. Siente un alivio repentino, aunque la congoja sigue laténdole con ímpetu en las sienes. Se levanta de la cama y el contacto de sus pies desnudos con las baldosas frías del suelo le provoca un escalofrío. Suelta un gemido mientras entra en el cuarto de baño pequeño de la habitación, se mira al espejo y lo recibe un rostro cansado, los ojos sobre unas bolsas de piel oscura, el cabello desmadejado, como cuando uno despierta precipitadamente de una mala resaca. Abre el grifo de agua fría y se llena las manos temblorosas que ha colocado en forma de cuenco. Se refresca la cara, bebe un poco y vuelve a incorporarse.

No es capaz de asimilar el acto horrible que ha cometido. Duda. Su cabeza es una multitud nebulosa de pensamientos encontrados, agolpados, contradictorios. Recuerda haber violado y asesinado a la joven, del modo en el que uno sabe pero no entiende, como el actor que ve una película en la que participa, conociendo los hechos porque los está viendo pero sin saberse de

veras responsable, como si leyera un libro en primera persona, como si...

Se siente desfallecer. Las piernas le flaquean y cree que caerá inconsciente sobre el suelo del cuarto de baño. Empieza a jadear. Necesita sentarse de nuevo en la cama, descansar un poco más, pensar en cómo solucionar todo aquello, si es que hay algo que solucionar. Está muy confuso.

Se gira sobre los tobillos y en el mismo instante en que se dispone a cruzar la puerta, su esposa se interpone en el umbral y le posa las manos en el pecho.

—¿Qué te pasa, cariño?

William da un salto hacia atrás, dando por sentado que el corazón se le ha parado del susto. Trastabilla con los pies y a punto está de caer. Parece que se ha encontrado a la misma Parca con una motosierra. Se sienta con torpeza en el inodoro, apoya los codos en los muslos y sepulta el rostro en las palmas de las manos. Comienza a sollozar.

Sarah se arrodilla frente a él y vuelve a preguntarle con nerviosismo:

—¿Qué te pasa, Billy?

William alza la vista, los ojos empañados en lágrimas, la garganta obstruida por el miedo, y la mira fijamente. Su joven y hermosa esposa está agachada frente a él, con un fino camisón como única vestimenta, los pezones de sus tersos pechos diminutos marcándose bajo la tela nacarada. William siente un irrefrenable deseo de desvestir a su mujer y hacerle el amor de un modo violento y salvaje y de pronto se percata de que tiene una erección. También nota que le duele el bajo vientre, la vejiga a punto de rebosarle de orina, y tiene que esforzarse para no mearse en los pantalones a cuadros del pijama. La mezcla de ambas sensaciones le hace ruborizarse por la vergüenza.

—Sarah, he hecho algo horrible.

2

Han regresado a la cama, ella de rodillas encima del colchón junto a él, preocupada y desconcertada; William con la espalda apoyada en el cabecero, rodeándose las piernas flexionadas con los brazos.

—He matado a una muchacha —sentencia muy nervioso.

—Solo ha sido una pesadilla, Billy —responde Sarah.

Últimamente los sueños han estado acosando a su marido, pero esta vez sabe que se trata de algo distinto, se le nota en la cara. Su semblante recoge el barullo indestructible del terror puro, el desconcierto abrasador y la

culpabilidad engullidora. Le tiemblan las manos y el sudor le perla la frente como si una fiebre sifilítica le embotase los sentidos. Hasta ahora le había resultado muy sencillo desechar aquellos desagradables sueños, y a medida que comenzaba con las habituales rutinas matutinas, su cerebro iba borrando las malas sensaciones de su memoria. Para cuando bajaba a la mesa de la cocina para tomar el desayuno después de una ducha rápida, apenas recordaba nada, aunque en algunas ocasiones había comentado con ella los detalles de sus sueños, y a menudo admitía que le estaba costando bastante trabajo descansar debidamente, aunque estaba casi seguro de que lograba dormir toda la noche del tirón.

Sarah sabe que su marido es incapaz de matar a nadie. Se conocieron a los dieciocho años en el campus de la universidad y desde entonces han estado juntos. Es cariñoso, amable y considerado. Nunca lo ha visto pelear, ni siquiera en el bar, a pesar de las borracheras que cogían los sábados por la noche cuando veían el partido de béisbol y se armaban aquellas incoherentes e innecesarias grescas entre aficionados beodos y envalentonados. No recuerda haber mantenido con él ninguna discusión que la haya asustado lo más mínimo, quizá un grito alguna vez, después de que ella se le pusiera bastante pesada, y aun así él le pedía disculpas al poco rato. Incluso detestaba matar a la cucaracha que de tanto en cuando se colaba por una ventana, prefiriendo adoptarla como mascota antes de tener que matarla. Siempre se detenía a recoger al bicho con un trapo y dejarlo pulcramente fuera de la casa para que no sufriera ningún daño.

William no había matado a nadie, y menos a una persona.

—La he matado —reitera él, notablemente agitado.

—Lo has soñado, Billy —insiste Sarah.

William mira a un lado y a otro de la cama, susurra una especie de negación, se levanta tambaleándose y sale del dormitorio arrastrando los pies. Sarah lo sigue con la mirada hasta que desaparece de su vista, oye cómo baja las escaleras y entonces decide ir en pos de él. Al llegar a la planta baja, se encuentra con William en el salón, rascándose la cabeza con una mano y mirando pensativo a todas partes. Como si estuviese recordando algo que ya ha vivido. Sin embargo, Sarah comprueba a simple vista que todo está en su sitio.

—Se llamaba Amanda —dice en voz alta, aunque no se dirige a su esposa. Piensa en que ha empleado el verbo en pasado, una buena forma de darle crédito a la palabra fragilidad. La fragilidad del tiempo y del ser humano.

—¿Amanda?

—Amanda Calvin —añade sin mirar hacia ningún punto en especial del salón.

—No *conocemos* a ninguna Amanda...

—Pues la he matado —ataja antes de dejarla terminar.

Sarah no sabe qué responder. El tono certero de William la aturde.

—La arrastré al salón y la lancé al sofá. La viol...

La crudeza de lo que está a punto de decir le golpea en las entrañas y William se muerde la garganta. No puede confesarle a su esposa que ha violado a una jovencita llamada Amanda, eso es obvio, porque ni él mismo está seguro de lo que está ocurriendo, eso para empezar, y además porque si el acto atroz que se aferra vehementemente en su cabeza es cierto, habrá destrozado su matrimonio para siempre, y bajo ningún concepto está dispuesto a perder a su mujer.

William se gira para mirar a su querida Sarah y la encuentra desvalida frente a él, una mueca desencajada en el rostro y los ojos abiertos como agujeros negros en el espacio. Está descalza y el cuerpo se le distingue bajo la fina tela de su camisón. William vuelve a sentir deseos de hacerle el amor con fuerza, brutalmente, como si fuera la última vez. Pero no es el momento, eso lo sabe con certeza, sobre todo si su mente le sigue anunciando las palabras violación, asesinato y prisión con brillantes luces de neón. Esta última parpadeando como el letrero luminoso de un motel de carretera, con la «o» fundida y un cartel que indica que queda una plaza libre... para él.

—La he matado, Sarah... —dice William agachando la cabeza.

—No has matado a nadie, Billy.

—Sí. Hay que llamar a la policía.

—Ha sido un sueño —vuelve a repetirle una vez más.

—No.

—¿No?

—No —dice con solemnidad.

Un cuervo grazna a través de la ventana.

Sarah aguarda un instante; unos segundos que a cualquiera le habrían parecido incómodos pero que, después de tantos años de convivencia, a William le parecen tiernos y comprensivos. Él sabe que ella está intentando comprender... aunque probablemente no entienda un comino.

—¿Qué está pasando? —pregunta al fin, sucumbiendo a una gélida marea de dudas.

William Bradley agarró del brazo a Amanda Calvin en el momento justo en que le propinaba un violento puñetazo en el mentón, de modo que la fuerza y la sorpresa estuvieron a punto de robarle el conocimiento de la misma forma en que recibió el golpe: súbitamente. Entonces sucedieron tres cosas a la vez: las piernas de la joven flaquearon, William le tapó la boca con la mano para que no gritara y el mundo se llenó de puntos negros.

Para que no cayera al suelo, William le pasó el otro brazo por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo, una figura blanda y tambaleante, delicada y aturdida. Una vez apoyada contra él, aprovechó para deslizar la mano a su trasero y apretarle una nalga, sintiendo de inmediato un ramalazo de calor en la entrepierna.

La chica intentó forcejear y William volvió a darle un puñetazo. Esta vez todo se volvió negro, la oscuridad la alcanzó completamente y su cuerpo cayó al suelo como un saco de yunques.

Cuando despertó, estaba atada a una silla de la cocina, las muñecas sujetas a los reposabrazos con cinta adhesiva y un pañuelo taponándole la boca. Intentó gritar, pero el sonido no fue más que un gemido mitigado por la tela. Le latía la comisura de la boca, donde había recibido el segundo golpe, y creía que se había cortado el labio por dentro; al menos la boca le sabía a cobre oxidado. La parte de atrás de la cabeza le lanzaba oleadas de dolor hacia delante. Estaba aterrada.

Los fluorescentes del techo arrojaban una luz despiadada y Amanda pudo ver a William con un enorme cuchillo de cocina en la mano. Vestía unos vaqueros azules y una prístina camisa blanca. La miraba con lascivia, con deseo dañino, y Amanda comprendió que los ojos le brillaban de impaciencia. De repente supo qué iba a ocurrirle.

—Estás despierta —dijo William, acercándose a ella para pellizcarle un pezón—. Estupendo.

Amanda ni siquiera parpadeó, aunque le dolió el pecho.

—¿Hay alguien que sepa que estás aquí? Contesta con la cabeza.

Probablemente sus padres o su novio la echarían en falta en un cierto número de horas, quizá su jefe la esperase a mediodía en la oficina, o tal vez una amiga en la cafetería. Pero quería saber si alguien la esperaba fuera de la casa en un periodo inferior a una hora o dos. Ese era el tiempo que tenía antes

de que Sarah volviera.

Amanda negó con la cabeza y la incertidumbre cruzó momentáneamente el rostro de William, aunque también se sintió fascinado.

—Fabuloso.

Entonces agitó el cuchillo en el aire, amenazándola con pincharle en las mejillas. Acercó la punta al primer botón de su camisa y lo hizo saltar. Sus firmes pechos asomaron con sugerencia. Amanda cerró los ojos y creyó que se le soltaría la vejiga. Aguantó con todas sus fuerzas. Durante un par de segundos no oyó nada y volvió a abrir los ojos. De repente recibió el impacto del reverso de la mano férrea del hombre. La abofeteó varias veces, las suficientes como para que la muchacha perdiera la cuenta. Exhausta, dejó que la cabeza le cayera hacia delante.

Entonces, William se inclinó sobre ella y le habló con calma.

—Ahora escúchame bien, ¿de acuerdo? Voy a desatarte. Si intentas huir, te mataré. Si intentas gritar, te mataré. Si me apetece, te mataré. ¿Lo has entendido?

Amanda asintió, el sudor brotándole de la frente, debajo de los brazos, entre los pechos.

—Perfecto. Mejor será que te portes bien.

Amanda volvió a asentir.

—De todas formas, la próxima casa está a un par de kilómetros. Nadie escucharía tus gritos.

Un sonido ininteligible desde la boca taponada por el pañuelo.

—Ya, ya, lo sé. El pañuelo es muy molesto —dijo mientras tiraba de la bola de tela—. Ahora te sentirás mejor.

—Por favor, por favor, deja que me vaya...

Sus palabras eran un herrumbroso tartamudeo de súplicas.

—Cállate.

Amanda hizo el amago de soltar un grito, pero William amagó con golpearla de nuevo y enmudeció encogiéndose de hombros, como si pudiera esconder la cabeza entre los omoplatos.

William se dispuso a despegarle la cinta adhesiva de los brazos y el cuchillo se le cayó de entre las manos, colándose debajo de la isleta de la cocina. Soltó un gruñido. Rápidamente se giró y sacó otro más grande del cajón de debajo de los fogones.

Amanda lo miraba con expresión confundida, los ojos anegados de lágrimas.

Para compensar su torpeza, William le endiñó otro golpe en la cara.

Amanda notaba un hormigueo intermitente en varias partes del rostro, y aunque ya apenas sentía el dolor, supo que las mejillas y la boca se le estaban hinchando y amoratando rápidamente.

Después de desatarla, William arrastró a la joven al salón y la dejó de pie frente al sofá. Le colocó el filo de la hoja en el cuello y terminó de quitarle la camisa. También le bajó la falda, que quedó hecha un barullo en sus tobillos. Su cuerpo era menudo y prieto. La ropa interior negra realzaba la palidez de su piel; los muslos, el vientre y los brazos lucían apetitosos. William no esperó para besarle en el cuello, y luego continuó con la parte superior de sus pechos. Luego le arrancó de un tirón el sujetador y su delantera quedó al descubierto. Amanda dio un paso atrás y cuando William estiró el brazo para que el cuchillo no se separase de su cuello, le hizo un corte superficial. La sangre manó en un hilillo delicado. Amanda sofocó un grito.

—No, no, no —susurró William—. No vayas a gritar o tendré que matarte, ya lo sabes.

Amanda asintió una vez más. El miedo no le permitía hilar dos pensamientos con claridad. Estaba paralizada, neutralizada. Condenada.

William la empujó con fuerza y Amanda cayó en el sofá. Se echó sobre ella y la besó en los labios, saboreando de inmediato el miedo y la sangre de sus labios partidos. Le apretó los pechos, arrancándole una mueca de dolor. William le aprisionaba las piernas con el peso de las suyas y notaba una erección de acero en su bragueta. Amanda sollozaba, aunque luchaba con todas sus fuerzas para evitar ponerse a gritar. Aquel hombre podía hacerla pedazos, casi la duplicaba en peso y tamaño. No tenía elección, de manera que se dejó hacer.

William dejó el cuchillo sobre la mesa de cristal que había delante del sofá y aprisionó ambas manos de la chica cruzándole las muñecas en un arco sobre la cabeza. La besó atropelladamente, dejándole restos de saliva en los labios, las mejillas y la barbilla. Amanda cerró los ojos y se prometió que no volvería a abrirlos hasta que todo aquello acabara. Él bajó hacia abajo lamiéndole la piel, soltándole las manos, apretándole los pechos de nuevo. Le mordió con fuerza los senos y la chica reprimió un quejido lastimoso. Le mordisqueó los huesos prominentes de las caderas y le quitó las bragas. Se detuvo un instante para quitarse la camisa y luego le apartó las piernas con un rudo manotazo, dejando sin defensas un pubis depilado y apetitoso. Al contemplar aquella rajita rosada y apretada, William sintió la necesidad

imperiosa de entrar dentro de ella. Apoyó la palma de la mano en su abdomen, hundiéndole la carne del estómago, y con la otra mano se aflojó la correa de los pantalones y se bajó la cremallera. Volvió a empujarle las piernas para flexionárselas y metió la cintura entre ellas. Se agarró el pene erecto y lo introdujo con brusquedad en el interior de la muchacha. Tuvo que empujar con fuerza, pues la vagina de Amanda no había lubricado en absoluto, pero el dolor que William sintió en su verga le hizo delirar de placer. La penetró hasta el fondo y luego se echó sobre ella, embistiéndola una y otra vez. Hundió la cabeza en el cabello alborotado de Amanda, que ahora parecía sucio y apagado. Ella seguía con los ojos cerrados, aterrada, pensando en una muerte segura que tardaba demasiado en llegar. No obstante, su belleza seguía derramándose por toda la estancia.

William empujó y empujó como un vendaval temiendo que el corazón se le fuera a parar de repente por el éxtasis. Sentía las paredes prietas del interior de Amanda presionándole la polla y durante unos instantes se obligó a pensar que la chica estaba disfrutando con ello y que movía con ritmo las caderas, al principio con timidez y luego de forma acompasada. Creyó oírla gemir, aunque quizá estuviera llorando. Ese pensamiento lo llevó al borde del abismo y no pudo evitar correrse a la vez que contenía la respiración y se le tensionaban los músculos. Amanda notó nítidamente el calor corrupto y perverso del semen en su vagina y sintió que ella misma estaba a punto de llegar al orgasmo. Se reprochó que su libido se hubiese activado de esa manera y luchó con toda su alma para refrenar su excitación. Apretó los puños, luego estiró el brazo derecho y le clavó las uñas en la espalda, haciéndole un arañazo a lo largo del costado izquierdo. William se irguió jadeando en el sofá y Amanda creyó que entonces le llovería una manta de golpes por haberle arañado la carne, pero el animal se limitó a girarla duramente y ponerla bocabajo en el sofá. A pesar de haberse corrido una vez, la erección no se había atenuado, de modo que la embistió por detrás y al introducirle el miembro por el ano con tanta fuerza sintió que algo se desgarraba. Amanda empezó a gritar y William le tapó la boca con la mano, con tanta fuerza que le torció la cabeza hacia atrás, provocándole un calambre en el cuello. Con la otra mano le aferraba la cadera y tiraba de ella adelante y atrás mientras se introducía en la negrura de sus entrañas.

Siguió montándola durante un rato, le tiró del pelo, le pellizcó las nalgas, le golpeó en las piernas y le apretujó los pechos. Se inclinó y le mordió la baja espalda. Mientras, Amanda resistía escondida en un rinconcito minúsculo

que había logrado encontrar en su mente. Allí se había agazapado, como se agazapan los conejos cuando un automóvil pasa sobre ellos en una autopista.

Al final volvió a correrse y salió de ella. Exhausto, satisfecho, saciado. Ella se hizo rápidamente un ovillo en el sofá, intentándose cubrir los pechos con los brazos, las mejillas regadas de lágrimas, la vagina y el ano sangrando.

Antes de que ninguno de los dos dijera una sola palabra, William le propinó un último puñetazo en el mentón que la envió a la oscuridad.

El dolor del corte en el brazo la despertó, sentada de nuevo en la silla de la cocina, con las manos amarradas a los reposabrazos con la cinta adhesiva, las piernas atadas a las patas y el pañuelo de vuelta a la boca. Estaba desnuda, el sudor brotándole de todos los poros de su piel y el pelo pegado a la frente. Tenía un aspecto demacrado.

William, sin embargo, había vuelto a ponerse los vaqueros y la camisa blanca, como si jamás se hubiera desvestido. Ahora jugaba con el cuchillo sobre la piel ultrajada de la muchacha, pasándole la punta afilada por cada centímetro de su cuerpo. Parecía disfrutar al máximo asustándola, aunque a decir verdad ya había pasado con creces el límite del terror, y Amanda poco más podía percibir con sus sentidos colapsados. Hay un momento en el que uno no puede sentir más miedo. Ni dolor. La adrenalina se encarga de proteger a tu organismo, llevando tu consciencia a kilómetros de distancia, alejada de todo peligro, a salvo; y de ese modo se encontraba Amanda, cubierta con un fino halo de autoprotección sensorial, si es que se le podía llamar de esa manera.

—¿Estás pasándolo bien? —le preguntó.

Ella no respondió, tampoco es que tuviera mucho que decir.

Le clavó un par de centímetros del cuchillo en el pecho derecho. El dolor fue inmediato y abrasador, un dolor que Amanda jamás había sufrido antes. Los gritos se le ahogaban en el trapo y apenas si era capaz de articular un sonido que no se diferenciaba mucho del chillido de una rata detrás de una pared.

Luego le soltó un brazo y la cogió de la mano. Pegó su palma a la de Amanda y entrelazó los dedos con los de ella. Entonces empujó hacia delante, doblándole la mano hacia atrás. Cuando vio que los músculos y los huesos no daban más de sí, apretó un poco más y el chasquido de la muñeca al romperse se oyó como se quiebra una rama a la hora de preparar una hoguera. Los ojos de Amanda se abrieron como platos, como un globo de agua pisoteado con una bota. Las venitas de la nariz se le pusieron moradas y al final no pudo resistir

verse la mano en aquel ángulo inverosímil: vomitó todo lo que llevaba en el estómago.

La sensación fue indescriptible: el vómito y la bilis abrasándole la boca, obstruidos por el trapo y escapándosele por las fosas nasales. Amanda pensó que no tardaría en ahogarse. Al mismo tiempo sintió alivio. Si moría, todo el dolor cesaría. Y podría asomarse al cielo donde la esperaba su abuela Abigail.

William, con una mueca de asco, tiró del trapo y dejó que el vómito le cayera sobre el cuerpo y se deslizara hasta el suelo. Los tropezones de comida y jugos gástricos se distinguían claramente sobre las baldosas.

—Pero mira que eres guarra. Menudo desastre.

Luego empezó a reírse a carcajadas.

Dejó que Amanda se recuperase un poco, y después se entretuvo haciéndole unos cuantos cortes más en los muslos y brazos. Finalmente, cuando ya se había cansado de todo y echó un vistazo al reloj que colgaba en la pared más próxima, quiso llegar más allá, cruzar la línea que un ser humano no debía cruzar jamás, y le hundió el cuchillo en el cuello. La carótida se rajó al primer tajo y un chorro de sangre brotó hacia delante salpicando la parte delantera de la camisa de William.

—¡Joder! —exclamó asombrado e irritado—. ¡Mira cómo me has puesto!

Alzó el brazo para darle otro puñetazo como represalia, pero se percató de que Amanda había perdido el conocimiento y desistió. La sangre le empapaba ya los pechos y se derramaba hasta caer al suelo formando un charco debajo de la silla. No había que ser muy inteligente para saber que la muchacha estaba muerta o que, si no lo estaba ya, le restaban muy pocos segundos de vida.

William soltó el cuchillo en la encimera de la cocina y se refregó las manos en la camisa. El trazo rojizo que dibujó en la tela explicaba que su obra había sido maestra, como el lienzo del mejor de los pintores.

Puso los brazos en jarra y soltó un suspiro triunfal.

4

—¡La camisa!

Sarah lo mira horrorizada.

—¿Qué...?

—¡La camisa! ¡Me puse perdido de sangre!

William sale disparado del salón y entra en la cocina. Sarah lo sigue. William está frenético, bajo un estado de frenesí absoluto, como nunca antes le ha visto. Irrumpe en el lavadero anexo a la cocina y destapa de un tirón el cesto de la ropa sucia. Saca desorganizadamente varias prendas, que deja caer a su alrededor, pero no encuentra la que busca. Abre la portezuela de la lavadora y ve que no hay nada en el interior. Se incorpora y mira a un lado y a otro, abriendo los muebles que cuelgan en las paredes. Nada. Suelta un quejido.

—¿Qué estás buscando, Billy?

—¡La camisa!

—¿Qué camisa?

—¡La que llevaba puesta! ¡La manché de sangre al atacar a esa chica! ¡Debe de estar por aquí!

Sarah observa incrédula a su marido. No sabe qué hacer. Parece que William ha perdido la chaveta, lo que está empezando a asustarla un poco, y eso es más que suficiente.

William sale del lavadero, se agacha junto al lado de la isleta de la cocina y echa una ojeada debajo. Suelta un exabrupto y maldice lo infructuoso de su búsqueda.

—¡El cuchillo se quedó ahí abajo!

Sarah sigue observándolo desde la puerta del lavadero.

William se pone en pie y regresa al salón. Busca por todas partes y no halla lo que está buscando. Sube a la planta superior y Sarah lo oye abrir cajones, puertas, baúles. Cuando vuelve a bajar, Sarah está llorando.

—No llores, Sarah.

—Me estás asustando.

—Yo también lo estoy —responde él, aunque no deja de buscar en cajones y armarios.

—Cálmate, Billy —le pide su esposa.

—Su ropa también tiene que estar por aquí.

—No hay ropa...

—La dejé desnuda...

—¡No has matado a nadie! —grita Sarah.

El sonido de su voz es herrumbroso, un quejido suplicante. El silencio se expande de inmediato, William paralizado ante el ruego de su mujer, inmóvil como un granjero analfabeto bajo las luces cegadoras de una nave

extraterrestre.

William alza un brazo y se rasca la cabeza, un gesto infantil y adorable que hace pensar a Sarah que ha vuelto a sus cabales.

—Debe de haber sido la señora Smith...

Sarah suspira profundamente.

—¿De qué estás hablando, Billy?

—Todo está limpio y debería estar manchado de sangre. La ropa, el suelo de la cocina... Quizá la señora Smith se encargó...

—¿Crees que si la señora Smith hubiera encontrado la casa llena de sangre no hubiese llamado a la policía? Se encuentra un charco de sangre en la cocina y se limita a limpiar y callar... —Su tono es jocoso pero empapado de respeto.

La lógica aplastante de su esposa hace que William reconsidere su postura, pero rápidamente se vuelve a sumir en un mar de ideas paranoicas.

—Voy a llamarla.

Sarah no da crédito a lo que está oyendo.

—¡Billy! ¿Estás loco? ¿Qué vas a decirle?

William se acerca a bufé y agarra el auricular del teléfono. Marca los números correspondientes y aguarda a que atiendan la llamada. Al cuarto tono, la voz arrugada y anciana de Susan Smith, la señora de la limpieza de los Bradley, surge del silencio espeso de la línea telefónica.

—¿Sí? —Parece recién levantada, aunque William sabe que suele despertarse bastante temprano, aun tratándose de una mañana de sábado.

—Eh...

William no sabe qué decir, no encuentra las palabras. Es en ese momento cuando se da cuenta de que cualquier cosa que diga podría asustar a la mujer de un modo innecesario, que es absolutamente ridículo preguntarle si se ha topado con un charco de sangre en la cocina y si por casualidad la ha limpiado sin decir nada. La señora Smith siempre ha sido una mujer muy cauta, leal y protectora, amiga del matrimonio y muy servicial, pero de ahí a que se ocupara de ocultar las posibles pruebas de un crimen...

—Susan... —La voz de William patina como los neumáticos húmedos de una camioneta.

—Dígame, señor Bradley, ¿ha ocurrido algo?

—No, no...

—Dígame —insiste ella preocupada.

—Solo... quería preguntarle si... si ha visto algo fuera de lo común en

casa.

—¿Algo... fuera de lo común?

William desea colgar, está arrepentido de haberla llamado, de implicarla en algo que probablemente termine de forma sencilla. Porque todo aquello ha de tener una explicación obvia y sencilla.

—Algo fuera de lo común —repite William, abrumado por lo grotesco de la situación.

—¿Se encuentra bien, señor Bradley?

William carraspea.

—Sí.

—¿Y la señora?

—Sarah está bien, pero... ¿ha visto algo diferente en casa?

Susan Smith tarda en responder, pero finalmente ofrece una negativa convencida.

—Gracias, Susan. Se lo agradezco mucho.

Luego cuelga el teléfono de forma abrupta, chocando el auricular con la horquilla. Es consciente de que ha dejado a la señora Smith bastante preocupada, y que lo más probable es que ahora mismo esté debatiendo si debe devolverles la llamada. En cualquier caso, el teléfono no vuelve a sonar.

William se queda mirando el teléfono, pensativo, preocupado, perdido. Muy confuso.

Sarah se ha sentado en el sofá y lo mira con ojos enormes, desconsolada.

—¡Me hizo un arañazo! —recuerda de pronto él.

Sarah parpadea.

—Mírame la espalda —le dice, girándose hacia atrás.

—Tienes la camiseta puesta.

William se la quita y la echa a un lado.

—Mírame.

—No te veo desde aquí —dice ella en un tono de voz monótono. Él da unos pasos hacia ella y vuelve a preguntar.

—No tienes nada.

Sarah roza la espalda de William con la mano. El contacto es fugaz pero agradable.

—¡No puede ser! —se reprocha William con un grito, aunque en su interior siente un alivio lógico.

No hay arañazo, no hay cuchillo, no hay sangre, no hay ropa teñida de rojo. Y, por supuesto, no hay cadáver, aunque él sabe perfectamente donde lo

ha escondido.

5

Aún cálido el cuerpo de Amanda Calvin, William la desató y la dejó tendida en el suelo de la cocina. Aunque ya llevaba muerta unos minutos, todavía desprendía un olor dulzón a perfume que le hizo sentir un nuevo deseo de poseerla. Reprimió el impulso.

Como un rayo, recogió la ropa de Amanda que había dejado en el salón y se quitó también la suya. Subió al dormitorio principal y se enfundó un chándal gris con una sudadera negra. Bajó de nuevo a la cocina y colocó el montón de prendas ensangrentadas sobre el vientre plano de la chica, y luego fue a buscar unas cuantas bolsas de basura de tamaño súper a la despensa del lavadero. Utilizó dos de ellas para cubrir el cadáver y lo aseguró todo de nuevo con la cinta adhesiva.

Sacar el bulto al patio de atrás le costó más de lo que pensaba, a pesar de que no pesaría más de sesenta kilos. Al cruzar el umbral de la puerta mosquitera, golpeó una pequeña mesa de madera y derribó un florero de porcelana que se hizo añicos al chocar contra el suelo.

En el exterior, el sol dañó los ojos de William y este tuvo que entrecerrarlos mientras se hacían a la claridad. El patio estaba rodeado de una alta valla de listones de madera y el acceso a la calle estaba en esos momentos cerrado. Teniendo en cuenta que se trataban de casas independientes y que la más próxima estaba a casi dos kilómetros de distancia, no había la posibilidad de que ningún vecino lo pillara con las manos en la masa. Como mucho, podría pasar por allí algún vendedor de seguros o el cartero, aunque no era habitual recibir cartas los sábados por la mañana.

Cargó con Amanda hasta el centro del patio, la dejó caer sobre la tierra como un saco de patatas podridas y se dirigió a la parte de atrás de su camioneta, que estaba mal aparcada con el morro apuntando hacia la casa.

Se quedó parado a medio camino al ver a través del parabrisas que del retrovisor colgaba un pequeño atrapasueños azul y repleto de plumas marrones. Durante un segundo creyó que no era su camioneta, aunque la matrícula coincidía y el golpe en la aleta izquierda delantera era inconfundible. William no recordaba haber colgado ese abalorio del retrovisor, de hecho jamás había tenido ningún adorno en el coche, salvo la

cadena de San Cristóbal que guardaba en el cenicero frontal del salpicadero.

Dejó de pensar en ello y cogió la pala que guardaba junto a otras herramientas bajo una manta en la parte de atrás. Regresó junto al cadáver envuelto de Amanda y clavó la punta de la pala en la tierra. Empezó a cavar y así continuó durante lo que le pareció un par de décadas. Acompasó la respiración al ritmo del movimiento de sus brazos.

Las paladas de tierra se iban acumulando a su lado en una mediana montaña marrón, y cuando hubo excavado un profundo agujero del largo de una persona, cesó el trabajo y se dispuso a introducir en el hoyo a la chica. Agarró el bulto por un extremo y lo arrastró hasta dejarlo caer en el interior. Se secó el sudor de la frente con el brazo y agarró de nuevo la pala.

Devolver la tierra a su sitio no le llevó tanto tiempo como esperaba, y en unos veinte minutos había ocultado su crimen al mundo exterior. Era una suerte no haber plantado césped la primavera anterior, y no digamos haber declinado la opción de hormigonar toda la extensión del patio para ahorrarse el trabajo de quitar las malas hierbas cuando crecían impunemente por el descuido de los Bradley. De ese modo le había resultado mucho más sencillo esconder el cuerpo de la chica, y había evitado tener que trasladarlo al interior del bosque o al pantano más allá de las rocas grandes de la ribera del río.

Se sentía satisfecho.

No obstante, se apresuró en entrar de nuevo a la casa porque aún le quedaba bastante por limpiar. La sangre, los restos de vómito, colocar bien los cojines del sofá... Y Sarah estaba a punto de volver a casa.

6

William sale por la puerta trasera y la luz del sol lo abraza con calidez. Sarah no lo sigue en un primer momento, sino que espera sentada en el sofá donde su marido le ha confesado haber cometido un crimen horrible. Sigue sin creerle, está confundida; él es un buen hombre, siempre lo ha sido. No sabe si debe de llamar a la policía. Serían el hazmerreír del pueblo si todo aquello resulta ser un simple mal sueño de su esposo, pero en cualquier caso, algo extraño está pasando.

Sarah se pone en pie y se asoma por la ventana del salón. Ve a su marido en mitad del patio, mirando a un lado y a otro, pisando con gestos exagerados la tierra que hay bajo sus pies. Después lo ve acercarse a la camioneta,

mirando por el cristal delantero. Parece que William está buscando algo que no encuentra y se rasca la cabeza como suele ser característico en él.

—¿Qué buscas? —le dice desde el umbral de la puerta.

William se vuelve y mira a su esposa.

—¿Has comprado algún adorno para el coche?

Sarah niega con la cabeza, aunque se le ha ocurrido una idea.

—Da igual —continúa él y se dirige de nuevo a la zona central del patio —. La enterré aquí.

Sarah baja el par de escalones que da al patio y se pone junto a él, mirando el suelo con concentración. La tierra luce oscura, mojada por las lluvias de las noches anteriores.

—La tierra no está removida —dice.

—Pero...

—Billy...

—¡La enterré aquí!

—¡Solo ha sido una pesadilla, Billy!

William se rasca la cabeza, luego se cruza de brazos pero se coloca una mano en la barbilla, pensativo.

—La maté, Sarah, la maté y la enterré justo aquí.

Da unos fuertes pisotones en el suelo.

Sarah lo agarra por el brazo.

—¿Sí? ¿Y después qué?

—Después fui adentro. Limpié la sangre.

—¿Y después?

—Después...

Busca en su cabeza los actos, las palabras, las acciones, las letras, los recuerdos. No halla nada. No es capaz de averiguar qué sucedió más tarde.

—Después... después me desperté —responde con titubeo.

El gesto de Sarah es triunfal. Amanece una sonrisa en sus labios.

—¿Ves? Solo fue una pesadilla.

William parece ceder ante la argumentación de su hermosa mujer.

—Pero fue tan real...

—Quizá deberías llamar al doctor Campbell.

—El doctor...

Sarah le coge de la mano y tira de él hacia el interior de su hogar, dulce hogar.

William Bradley llamará de inmediato al doctor Campbell y, al tratarse de un sábado por la mañana, se topará con la voz electrónica del contestador automático. Dejará un mensaje para que su secretaria le devuelva la llamada y le fije una cita para el lunes o el martes a primera hora.

Después, él y Sarah se dedicarán a sus quehaceres habituales. William leerá un poco hasta el mediodía, y mirará de reojo las baldosas de la cocina cada vez que entre a beber agua, pendiente de descubrir una pequeña gota de sangre que demuestre la realidad de sus sueños. Luego subirá al estudio y pondrá la música muy alta, viejos clásicos de rock and roll cuyos solos de guitarra se oirán a un centenar de metros a la redonda. Sarah recogerá la casa durante un rato, saldrá al patio delantero y arreglará las flores plantadas en los parterres de los laterales hasta que el sol llegue a su cenit. Más tarde, se acercará al pueblo para comprar algunos ingredientes para cocinar algo succulento que le quite a William el mal sabor de boca de las pesadillas que no le están dejando descansar como debería. Luego buscará algo en lo que entretenerse mientras William se echa la siesta. Por la noche irán al teatro, o al cine, dependiendo de la programación, la cual no han comprobado todavía.

Sarah se arreglará el pelo y se vestirá con unos vaqueros ajustados, echará un vistazo al salón antes de salir y desechará la idea de despertar a su marido ahora que lo encuentra dormido en el sofá. Le dejará una nota y dejará que descanse lo que no ha podido descansar durante la noche.

Los pájaros seguirán cantando en el exterior y las nubes pasarán delante del sol cada varios minutos, danzando como danzan las bellas ramas en los árboles.

William despertará al rato, entrará en la cocina y hallará el *post-it* junto a la caja que Sarah le ha dejado en la encimera antes de salir con el coche.

Billy,

Voy al pueblo a dar un paseo, volveré al final de la tarde.

Te he dejado algo. Te ayudará hasta que el doctor te atienda en la consulta. Alejará los malos sueños. Lo guardaba en el desván, entre las cosas de la antigua mudanza.

Te quiero, S.

pd.- Por cierto, huele mal en el cobertizo.

William abrirá la caja y encontrará el pequeño atrapasueños azul repleto de plumas marrones. Los malos augurios le aplastarán los huesos como una apisonadora y él dará un par de pasos hacia atrás, a punto de caerse redondo al suelo. No entenderá que pueda ser posible la coincidencia de los dos abalorios.

Saldrá al patio trasero y se quedará quieto frente al cobertizo, confirmando que el hedor es nauseabundo. Dudará de si sus recuerdos estaban errados y en lugar de enterrar a la chica bajo sus pies la ha escondido en el cobertizo. Sus recuerdos le parecerán bastante nítidos y fiables pero en un caso como aquel todo podría pasar. Se sentirá confuso.

Entrará con pasos torpes en la destartada choza construida también con listones de madera y el golpetazo a podredumbre le atosigará en las fosas nasales. Dará pasos pequeños, cortos, y con el corazón en la boca echará un vistazo en la parte de atrás del generador, de donde parece proceder el mal olor. Entre las tuberías de agua y los cables de electricidad, encontrará un gato muerto, probablemente escondido ahí después de alguna pelea callejera con unos colegas más salvajes que él. El calor del cobertizo lo habrá empujado a esconderse ahí atrás.

William se encargará del animal con una bolsa mediana y un contenedor de basura. Rápido, sin pensar, obviando que es un acto bastante similar al de su sueño, salvando las distancias con el hecho de que la bolsa del cadáver del gato será considerablemente más pequeña y liviana.

Volverá a la cocina, manipulará durante unos minutos el atrapasueños y decidirá que colocarlo en su lugar podrá ayudarlo en aclarar sus dudas. Saldrá una vez más al patio, entrará en el coche y colgará el atrapasueños del retrovisor central. Esperará durante un minuto que más datos, que más escenas y respuestas se le acumulen en el cerebro, pero no ocurrirá nada. Los brazos de Amanda no se abrirán paso entre la tierra y su cuerpo ultrajado y quebrado no aparecerá en mitad del patio como un zombi en busca de venganza.

William aguardará unos minutos más en el interior de la camioneta y luego decidirá volver a casa. Pondrá algo más de música, una balada de algún grupo heavy metal, o cualquier otra cosa. Ruido, mucho ruido que lo distraerá de sus pensamientos rotos.

Justo en el momento en que entrará en la casa, el timbre de la entrada delantera sonará y William se dirigirá hasta allí, aferrará el picaporte y abrirá el tablero blindado de la puerta.

Una chica vestida con una falda y una camisa mostrará en la cara una

sonrisa de oreja a oreja...

—Buenas tardes, me llamo Amanda Calvin —dirá.

Y luego preguntará por la señora de la casa con la intención de mostrarle un repertorio de cosméticos.

William Bradley sentirá un deseo irrefrenable en el doble fondo negro de su corazón y se dejará llevar. Se dejará llevar como solo los psicópatas insatisfechos se dejan llevar. Y la historia no acabará con un «felices para siempre» ni nada por el estilo. En cambio, sí que habrá sangre.

Sangre y dolor.

—Adelante, adelante —dirá William con una voz delatora.

Y Amanda sabrá que las cosas se pondrán mal. Pero realmente mal.

El vendedor de biblias

Hace un calor de mil demonios.

Bajar las ventanillas ha resultado una mala idea. El polvo del desierto se ha metido dentro del habitáculo y ahora estoy cubierto por una fina película de tierra amarilla. Sudo a borbotones. Y tengo una sed de la hostia. El aire acondicionado no funciona y el sol parece que tiene alguna cuenta pendiente conmigo.

El motor del automóvil protesta y el estruendo resuena a varios kilómetros a la redonda. Sale humo por debajo del capó y la aguja del marcador de velocidad se clava en los treinta por hora. A la mierda el turbo, y tal como suena el motor, es probable que el radiador ande jodido.

Maldigo en voz alta, aunque en el coche no me acompaña nadie, y cincuenta metros más adelante tomo la salida de la autopista en dirección a un pueblo cercano.

El cartel de bienvenida está tan deteriorado que no logro descifrar el nombre. Quizá se llame «Pueblo a Tomar por Culo» o «Quién Carajo Quiere Vivir Aquí». Lo mismo da. Viajar en coche de un sitio a otro durante trescientos treinta días al año, provoca que los nombres dejen de tener sentido y terminen siendo chascarrillos. Mi objetivo es llegar a un pueblo señalado en mi ruta de trabajo, vender un puñado de biblias, enviarle el dinero a mi mujer —que probablemente se lo gastará en mejunjes y alcohol— y abandonarlo para siempre hasta llegar al siguiente poblado de la lista.

Por fortuna, mi Cadillac llega a la plaza principal. Las calles están desiertas. Las casas —unas cochambrosas construcciones de madera— están cubiertas de tierra; y los cristales, de tan sucios y mugrientos, devuelven una opacidad compacta a quien trata de mirar por ellos.

Detengo el automóvil y los frenos chirrían como una rata atrapada en una trampa de muelles. Del capó sale una humareda que me hace detestar la idea de tener que pasar la noche en aquel lugar de mala muerte.

Me apeo y de pronto una sombra pasa por mi lado. Doy un respingo, porque a fin de cuentas soy un tipo patético. Alzo la vista y veo un pájaro. Grazna, porque es un cuervo. Si no me equivoco, esos bichos traen suerte de la que uno no quiere recibir. Escuipo al suelo y la saliva sisea al contacto con la

tierra ardiente. La claridad del día me molesta en los ojos, pero no puedo hacer otra cosa que joderme, porque no tengo gafas de sol graduadas y estas las tengo que llevar a la fuerza si no quiero que pase un elefante por delante de mí sin que me dé cuenta. Mi esposa, la hija de puta de mi mujer, me llamaba «topito» cuando pensaba que me quería. Yo aún la quiero, por eso sigo enviándole dinero. A menudo me planteo mandarlo todo a la mierda, coger las biblias, metérselas por el culo al gerente de la distribuidora, y salir huyendo a cualquier rincón del mundo donde no haga este calor asqueroso y pegajoso y angustioso y tedioso y todo lo que termine en «oso» y tenga connotaciones malsonantes.

Me sacudo la arena de los hombros de la chaqueta y me inclino por la ventanilla del coche en busca de la biblia que suelo utilizar como ejemplar de muestra. Me ajusto la corbata y me saco el teléfono móvil del bolsillo. Miro la cobertura y, por supuesto, no hay señal.

Calor, sí. Cobertura, no.

Ahí arriba hay alguien a quien no le caigo bien. Pero, oye, no hay problema: lo que no ha pensado es que tarde o temprano me tocará subir, y entonces verá cómo le dejo el hocico. Igual lo dejo más guapo, pero dientes no le van a quedar ninguno.

Miro en derredor y busco el campanario de la iglesia.

No lo encuentro.

Entonces es que no hay, porque ese pueblo debe de tener tres o cuatro calles nada más, de modo que tendría que ver la torre desde allí. Lo bueno de ir primero a la iglesia de cada pueblo es que el sacerdote siempre compra un par de biblias, aunque solo sea por deshacerse de un tipo tan insistente como yo.

Camino calle abajo y me topo con el bar. Y cuando digo «el bar», me refiero a que ese es el único que voy a encontrar.

Cruzo la puerta de doble hoja y tengo que detenerme para que mis ojos se acostumbren a la penumbra del interior.

Oigo un grito, que suena esperanzado, aunque el timbre de voz es aguardentoso.

—¡Nuestro salvador! —dice lo que parece ser un hombre.

Entrecierro los ojos y veo que todas las personas me están mirando.

No suena música, no hay parroquianos bebiendo cerveza y la camarera tiene unos pechos que quitan el aliento.

El hombre que ha gritado al verme es rechoncho y lleva una camiseta de

tirantes a rayas. Es calvo y se ha dejado las patillas largas, que conectan con el resto de su mentón, aunque la barbilla la lleva afeitada. Va descalzo, y admito que me tienta la curiosidad de preguntarle el motivo, pero como también tiene un rifle en la mano, lo de los zapatos se me antoja una gilipollez.

A su lado hay una mujer. Lleva un vestido de flores y un sombrero. Ha estado llorando. Al menos por el ojo que le queda, porque el otro lo tiene oculto —si es que sigue ahí detrás— bajo un parche negro. Gimotea no se qué patraña de su hijo.

Con ellos hay otro hombre, escuálido, con el aspecto de alguien a quien le importa un carajo con quién se acuesta y mucho menos con quién se levanta. Viste pantalones oscuros, una camisa blanca y unos tirantes pasados de moda. En la cabeza lleva un sombrero de copa con unas gafas de aviador apoyadas en el ala. Este detalle, sumándole sus ojos vidriosos de lunático, confirma que el tipo debe de estar como un cencerro. Al menos tiene los zapatos puestos.

—¡Por fin, alguien! —insiste el hombre de la camiseta.

—Buenos días —digo, como si conmigo no fuera la cosa—. Me preguntaba si estarían interesados en adquirir las Santas Escrituras...

Sé que con este trío de carnaval no hay nada que hacer, pero yo lo intento, porque donde hay perseverancia, hay alegría.

Por el rabillo del ojo sigo pendiente del escote de la camarera, quien tiene una expresión que no puedo descifrar.

Uno de ellos se fija en la biblia que llevo en la mano y los ojos le hacen chiribitas. Yo soy experto en darme cuenta de esas cosas, así que quizá pueda hacer alguna buena venta, después de todo.

—Necesitábamos a alguien como usted —dice Sombrero de Copa.

Me giro y hago el falsete de creer que está dirigiéndose a alguien a mi espalda. Sí, ahí hay una venta asegurada, desde luego.

—¡Necesitamos su ayuda! —exclama la mujer del parche.

Transcurre un incómodo silencio entre nosotros. No estoy seguro, pero con toda certeza me estoy perdiendo algo.

Los miro uno a uno y doy por sentado que ninguno va a querer echarle un vistazo a lo que sea que haya reventado debajo del capó de mi coche.

—¿Hay algún taller por aquí cerca? —pregunto a la camarera.

La mujer, quizá de treinta años, quizá de cincuenta, niega con la cabeza desde detrás de la barra.

—¿Dónde está todo el mundo? El pueblo está vacío...

—Los cuatro imbéciles que viven aquí se han acercado al pueblo de al

lado a celebrar la marcha del verano —explica la camarera.

—¿La marcha del verano? ¡La madre de Dios, pero si hace un calor de cojones!

La mujer del parche le interrumpe y comienza a sollozar.

—Señor, señor —insiste—. Tiene que ayudarme. Mi hijo... ¡Mi hijo!

—¿Qué le ha pasado a su hijo?

—Está enfermo.

—Enfermo, dice —interviene Sombrero de Copa—. Ese niño está maldito.

—Maldito y rabioso —añade el calvo de la camiseta a rayas—. ¡Lo hemos encerrado!

A continuación agita el rifle en el aire.

La mujer del parche me agarra por la solapa de la chaqueta y me mira con un único ojo que parece a punto de salirse de su órbita.

—¡Ayúdeme! ¡Tiene que exorcizar a mi hijo!

Ahora entiendo. Un tipo con traje y corbata, con una biblia en la mano...

—Señora, lamento decirle que no soy sacerdote.

—¡Hay que exorcizar a mi hijo! ¡Lo han hechizado!

Qué tendrá que ver una cosa con la otra, me pregunto a mí mismo, aunque no me apetece decirlo en voz alta y entrar al trapo.

—¡Ayúdeme! ¡Se lo suplico!

Sombrero de Copa se acerca a la mujer e intenta consolarla.

La camarera llena una jarra de cerveza y con un gesto me invita a probarla.

Declino la oferta, no porque me parezca bellaco ponerme a beber delante de una señora que llora casi a mis pies, sino porque ese líquido tiene que ser meado de burro o semen de murciélago.

El calvo de la camiseta se encoge de hombros y decide aportar una solución.

—Yo ya he dicho que puedo arreglar el asunto. —Vuelve a agitar el rifle.

La mujer del parche lo mira y solloza a la vez que dice, entre gemidos, que esa no es la solución, que su niño es muy bueno y que saca buenas calificaciones.

Me pica la curiosidad.

—¿Qué le ha pasado a su hijo?

Espero a que ella se recomponga.

Poco después, habla:

—Venimos de Riverview. Un vecino aceptó llevarnos en su camioneta, aunque la parte de atrás es muy incómoda, la verdad. Pero era nuestro único medio de transporte.

—¿Iban los cuatro en la camioneta?

—Y mi vecino.

—¿Dónde está?

—Se ha largado. Nos ha dejado tirados.

—Pero...

—El caso es que nos detuvimos a descansar junto a un trigal. Jimmy se dio una vuelta por la zona y volvió llorando porque un animal le había mordido en la pierna.

—¿Quién es Jimmy?

—¿Qué animal? —quiere saber el hombre descalzo.

—Ralph, ya te lo he dicho, tú estabas allí: no sé qué animal era.

—¿Qué pasó luego? —Tengo interés.

—Reanudamos la marcha, pero mi Jimmy empezó a sentirse mal. Se puso morado y los ojos se le inyectaron en sangre. Le salieron ampollas llenas de pus. Mi vecino quería seguir adelante, pero insistí en detenernos para que bebiese agua. Al principio rehusó, pero mi Jimmy se vomitó encima y no nos quedó otra que desviarnos. Así que vinimos aquí... La verdad es que no sé cómo se llama este pueblo.

Miro a la camarera.

—Summer Falls.

Vuelvo a dirigirme a la mujer.

—¿Dónde está su vecino? —pregunto.

—Aproveché que entramos en el bar para largarse. Por lo que se ve, todos parecen querer dejarnos tirados.

—Qué buen samaritano —digo con ironía.

—Pero usted puede salvarnos.

—¿Por qué dice eso?

—Tiene que leerle la biblia. Tiene que exorcizarlo.

—Vuelvo a decirle que yo no soy sacerdote.

—Mientras pedía un vaso de agua a esta señorita —continúa, haciendo caso omiso de mis palabras—, Jimmy saltó sobre el único cliente del bar y le desgarró el cuello.

Hace un gesto por encima de mi hombro, me vuelvo y doy un respingo: las piernas de un cadáver se ven entre las sillas y las mesas del fondo.

—¡Joder! —Mi conmoción es mayúscula—. ¡Hay que llamar a la policía!
La mujer me ignora y sigue hablando:

—Huyó a gritos, aullando palabras que no podíamos entender. Señor...
¡mi Jimmy está poseído!

—¿Dónde está ahora? —Es una buena pregunta, aunque tardía.

—Salió corriendo del bar y al llegar a la mitad de la calle, empezó a perseguir a un perro. El animalillo se escondió en el sótano que hay ahí enfrente.

Ralph añade:

—¡Tuvimos que encerrarlo ahí abajo!

—Comprendo. —En realidad no entiendo nada de nada. Yo solo soy un maldito vendedor de biblias. Y si pudiera elegir, sería bebedor de cerveza, a secas.

—Yo creo que es un vampiro. —La voz es de Sombrero de Copas.

—¿Cómo se llama usted? —pregunto mirándole a los ojos.

—Me llaman As de Copas... Es por el sombrero, ya sabe.

Se me cae el alma a los pies. No puede ser cierto. Suelto una risita que nadie espera. Ni siquiera yo.

—Para mí que es un zombi —protesta el hombre del rifle.

—Tranquilícense. —Todo aquello me resulta una locura—. Los vampiros no existen. Los zombis tampoco. ¿No ha podido sufrir el chaval una insolación? Miren que hace un calor de la hostia...

—¡Ayude a mi hijo! —insiste la señora.

Lo pienso durante unos segundos y asiento con la cabeza.

Ralph nos pide que esperemos. A continuación coge una botella de ginebra de una mesa y se saca un pañuelo del bolsillo. Lo mete por la boquilla a apretones y me mira con una mueca de satisfacción.

—Por si las moscas —dice, y así se coloca a mi lado: con un cóctel molotov en una mano y el rifle en la otra.

Agarro con fuerza mi ejemplar de la biblia y me dirijo fuera. Los tres individuos me siguen. La camarera suspira de alivio al vernos marchar.

La luz del sol se clava en mis pupilas, pero logro distinguir el rastro de unas pisadas que van hacia el otro lado de la calle. Acaban bajo una puerta de madera.

Ahí estamos los cuatro, yo delante.

Ralph abre la puerta y se agacha. La madre de Jimmy se queda detrás de mí; tiene miedo, aunque intenta sonreír porque ahí abajo está su propio hijo. A

mi derecha está Sombrero de Copas, quien en algún momento del que no soy consciente ha cogido una lámpara de queroseno.

Hay varios escalones que dan al sótano. Pongo el pie en el primero, con la biblia bien aferrada a mi mano. Noto que allí dentro hace muchísimo más fresco que fuera, como no puede ser de otra manera.

—Jimmy —digo—. ¿Te encuentras bien?

Ralph me pide que tenga cuidado, y me ofrece la botella de ginebra con el pañuelo.

—Deje eso, por Dios. No vamos a atacar a un niño.

—Léale un salmo a mi Jimmy, por favor —implora la mujer.

—No soy sacerdote, joder —insisto, y luego le hablo a la oscuridad—: ¿Jimmy?

Se oye un gruñido. Luego otro más.

Me adentro medio a oscuras en el sótano, pues Sombrero de Copa se ha quedado en el umbral y la luz del exterior apenas penetra unos metros. Me vuelvo para mirar hacia los tres individuos, quienes me observan a contraluz desde la puerta.

Entonces, el aire se desplaza a mi alrededor y algo me empuja desde un flanco. Antes de caer al suelo, veo de reojo que Ralph está cerrando la puerta del sótano. Enseguida se hace la negrura y unas uñas muy afiladas me desgarran el hombro.

Aúllo de dolor e intento zafarme. Sea lo que sea que hay aquí abajo es grande y fuerte. Y gruñe como una bestia enfurecida. Trato de recular, pero no veo nada y vuelvo a caer de bruces contra el suelo. Antes de conseguir ponerme otra vez en pie, un nuevo gruñido se abalanza sobre mí. Es entonces cuando empiezo a sentir dolor de verdad... al menos durante un rato. Luego no hay nada más. Empiezo a perder la consciencia. Noto que cada vez me cuesta más respirar. Noto que estoy desangrándome por varios sitios a la vez.

Entre mordiscos, logro oír a la mujer del parche desde lejos.

—Cada vez nos cuesta más trabajo conseguirle alimentos —se lamenta.

—No te preocupes, mujer —dice Ralph, dando un trago a la botella de ginebra—, si no terminan entrando ahí abajo por las buenas, lo harán por las malas.

—¿Crees que tendrá suficiente con ese vendedor de biblias?

—Ya sabes que para Jimmy *nunca* es suficiente.

—Algún día nos descubrirán.

Ralph esboza una suerte de mueca. La comisura de la boca se le arruga

como un acordeón.

—Vamos, ayúdame a arrastrar al camarero hasta aquí.

—No sé cómo puede seguir teniendo hambre.

—Desde luego no ha salido a mí, joder.

La cabina de teléfono

Alguien de la NASA podría habérselo explicado.

Sí, cualquiera de esa panda de científicos locos, esos cerebritos que estudian las estrellas del firmamento y se pasan las horas calculando trayectorias de cometas y buscando planetas habitables. Ojo, si de casualidad descubrieran una segunda Tierra, Charlie se presentaría voluntario para viajar hasta allí. Siempre le había gustado la idea de poder ser el primero en cagar en otro mundo.

Ahora aquel chascarrillo no le hacía tanta gracia, la situación actual en la Tierra —la de *verdad*, esa en la que era conductor de autobús y tenía una mujer y dos hijos pequeños— era terrible.

El mundo se había ido al garete y Charlie no sabía muy bien por qué.

Seguro que en la NASA estaban en un constante estado de masturbación mental.

La CIA también estaría enterada, naturalmente. La OMS, la OTAN, el FBI... Todas esas malditas organizaciones cuyos nombres eran siglas —y que eran financiadas con los impuestos de los maltrechos contribuyentes— debían saber qué demonios estaba ocurriendo, desde luego que sí.

Pero no dijeron nada. Y seguían sin decir ni pío.

Quizá ocultaran algo. ¿Sería un experimento o algún proyecto militar?

Por cierto, ¿dónde diablos estaba el ejército?

Algunos políticos salieron en televisión para tranquilizar a la gente, pero se percibía que no tenían la más remota idea de lo que decían en antena. Incluso el presidente realizó una aparición de urgencia en todos los canales —tanto de radio como de televisión— para prometer a la ciudadanía que la situación volvería a la normalidad; reclamó mantener la calma, permanecer en casa y confiar en los científicos estadounidenses.

Sandeces, pensó Charlie.

Lo único que él sabía era que hacía mucho calor. Un calor insoportable.

Lo demás era una especie de nebulosa en su cabeza. Recordaba, de sus días en el colegio, que el hidrógeno existente en el núcleo del sol se convertía en helio, y que cuando se agotara del todo, el sol colapsaría y se expandiría ocupando incluso las órbitas de Venus y Mercurio, y que... pero qué diablos

sabía él. Eso tenía que ocurrir dentro de cinco mil millones de años, no a finales del mes de noviembre de 2015.

El récord de 56,7 grados registrados en 1913 en el Valle de la Muerte en California había quedado pulverizado. Llevaban ocho semanas con una temperatura diurna que superaba los ochenta grados. La troposfera se había calentado hasta cotas nunca vistas anteriormente. Los días se volvieron insufribles. ¿Se estarían evaporando los océanos? ¿Habrían desaparecido todas las nubes de la atmósfera?

¡Ni que estuviesen en Arizona, maldita sea!

Las noches no eran menos asfixiantes, aunque sí era cierto que los termómetros marcaban unos veinte grados menos, disminuyendo hasta los cincuenta y cinco. Aun así era inaguantable. Apenas podían dormir, y salir a la calle a pleno sol era prácticamente un suicidio.

A Charlie le parecía que respiraba chocolate fundido. Como si hubiese metido la cabeza en un saco lleno de arena. Tenía la cabeza embotada y le dolían los músculos. Por mucha agua que bebía, jamás saciaba la sed.

Sus hijos —Marvin y Chloe— no dejaban de protestar, envueltos en una película de sudor constante, con las ropas empapadas y los labios resquebrajados por la deshidratación. También tenían hambre. Su mujer estaba desesperada, apenas si les quedaba agua y el combustible del generador estaba a punto de agotarse. Pronto tendrían que salir a buscar provisiones.

La idea hizo estremecer a Anna.

No quería que su marido saliera de la casa.

La mujer se acercó a la ventana, cubierta por una manta para que no se colaran los rayos del sol, y se asomó. El cristal quemaba y el asfalto de la calle desprendía humo. Las flores de su jardín estaban muertas. Vio en la acera el cuerpo de un hombre. Estaba muerto.

Había más cadáveres aquí y allá, aunque probablemente nunca se acostumbraría a verlos. Sin embargo, a menudo no podía evitar las irrefrenables ganas de echar un vistazo. ¿Eso la convertía en una mala persona?

Anna cerró los ojos y lloró, aunque el calor no le permitió que derramara lágrimas.

Se retiró de la ventana y regresó a la penumbra candente del interior de su casa.

Esperaba que Charlie no tuviera que salir.

Primero surgió como una nota curiosa en las noticias de la noche, medio minuto de dedicación y un solo becario cubriendo toda la información. Las temperaturas estaban ascendiendo y cada día superaban las marcas del anterior. Poco después, cuando los termómetros empezaban a asombrar al mundo, dedicaron unos minutos a emitir reportajes grabados durante veranos puntualmente calurosos. Una semana más tarde, con unas máximas de cincuenta grados diurnos, los servicios sanitarios empezaron a ponerse nerviosos, urgencias se llenaba constantemente de ancianos que sufrían golpes de calor. Se recomendó tomar mucha agua; mantenerse hidratado era clave para no sufrir una insolación, así como aprovechar las sombras de los árboles y los edificios.

Con el calor cada vez más elevado, las autoridades —impotentes y perplejas— ampliaron sus recomendaciones: se desaconsejaba de manera tajante hacer deporte al aire libre. Había que evitar parques, descampados, excursiones a la montaña, y no exponerse a zonas extremadamente calurosas, aunque para entonces pocos sabían ya qué zona no lo era.

La gente comenzó a dejar de ir a trabajar. Llamaban temprano a la oficina y ponían alguna excusa, aunque muchos afirmaban que no volverían hasta que no cesara aquel calor. Incluso los miembros de la policía, bomberos y protección civil solicitaron permisos que por razones obvias fueron denegados. En cambio, sí se suspendieron temporalmente las clases en los colegios, y se pidió que los ancianos no salieran a la calle. Los programas de televisión —tanto matutinos como vespertinos— cubrían sus espacios con mesas redondas repletas de tertulianos estúpidos que hablaban de cosas que no sabían.

Porque nadie sabía nada.

Aquello tenía pinta de ser obra de la naturaleza y nada más. A Dios se le habían hinchado las pelotas y había arrojado al mundo una de esas plagas a las que antaño recurría tanto.

A Charlie le costó abandonar su puesto de trabajo. Durante un par de semanas siguió conduciendo su autobús, pero el volante le achicharraba las manos, a pesar de tener el aire acondicionado a tope. Aun así continuó yendo a trabajar todos los días. Al menos hasta que los pasajeros dejaron de aparecer en las paradas. Así pues, tras una ronda en la que no recogió a nadie, sin pensárselo demasiado, canceló la ruta y aparcó el vehículo en la estación de autobuses. Recogió su bolsa de las taquillas y se marchó a casa.

Intentó volver en metro, pero en los túneles hacía un calor insoportable. Si

bajaba a los andenes, lo más probable era que muriese asfixiado. Así que regresó a pie. Por el camino se fijó en que las calles estaban llenas de basura, papeles y hojas, pero eso no era lo que más le llamaba la atención. Lo preocupante era que no hubiera ni una sola brizna de aire en aquella época del año. Ni una pizca.

Charlie levantó la vista al cielo y miró el sol con el rabillo del ojo. La estrella emitía una radiación que probablemente era perjudicial para el ser humano. Quizá acabarían todos con cáncer de piel. No sabía qué temperatura hacía en ese momento, pero con toda certeza se rozaban los sesenta grados. Y apenas era mediodía. ¡Menuda locura! Se despegó la camisa empapada de la espada y apretó el paso; o al menos lo intentó.

Las suelas de los zapatos le quemaban los pies, el asfalto ardía y las aceras no estaban mucho más frescas. Aquella noche tendría que curarse las ampollas de las plantas, eso lo tenía claro. Y para colmo no se le había ocurrido comprar unas cremas.

Cuando llegó a casa encendió el aire acondicionado, cerró todas las ventanas y las cubrió con sábanas y mantas. Cuanta más penumbra consiguieran en el interior, tanto mejor.

Al poco, reunió a su mujer y a sus dos hijos pequeños en el salón y les pidió que no salieran al exterior, sobre todo los niños, fuera cual fuese la genial idea que se les ocurriese.

Ni siquiera si los vecinos pedían ayuda.

No se podía salir.

Dejaron pasar los días, atentos a las noticias poco halagüeñas de la radio y la televisión, pero al cabo del tiempo también cortaron la emisión de los boletines en directo y solo se captaban canales con hilo musical.

Los niños estaban aburridos. Lloraban medio asfixiados, querían helado, agua y una ducha detrás de otra. Marvin preguntó cuándo podría volver al colegio. Chloe trataba de echar una mano, pero el calor le sacudía los nervios y no tardaba en desesperarse.

Charlie y Anna —junto a sus hijos— llevaban más de una semana encerrados, de modo que no tardaría en llegar el momento en que necesitaran volver a salir para hacerse con provisiones. Ya no podrían aplazarlo más. El agua que salía del grifo no podía beberse: salía demasiado caliente, hirviendo.

Si llenaban un cubo y la dejaban enfriar, tenía un sabor horrible; no descartaban que contuviese restos del plástico de las tuberías disueltos en ella.

Al principio, los centros comerciales se inundaron de gente, aprovechando la buena temperatura del interior. Luego, los dependientes dejaron de ir a trabajar a las tiendas, y los propietarios decidieron cerrar porque no podían hacerse cargo de los locales. Los clientes comenzaron a protestar, las protestas dieron lugar a la crispación y poco después llegaron los saqueos.

Charlie trató de acercarse a una tiendecita para comprar todos los alimentos que pudiese, pero las estanterías estaban casi vacías. Compró algunas botellas de agua, latas de conserva y un par de linternas con baterías. No pudo llevarse demasiado, solo lo que pudo pagar en efectivo, pues no aceptaban tarjetas de crédito —la caja registradora había dejado de funcionar—. Charlie se maldijo por no haber pensado en ello: tenía que haber acumulado provisiones mucho antes y en cantidades ingentes, aunque después les sobrara y tuvieran que comer lo mismo durante semanas.

No se sabía cuánto duraría aquella situación, pero si los científicos locos de la NASA no lo habían solucionado ya, se suponía que ocuparía bastantes páginas del calendario. Además, era cuestión de tiempo que el suministro eléctrico se cortara; probablemente ya no hubiese nadie en las centrales eléctricas para controlar las averías. Se le ocurrió que cuando se quedasen sin luz podrían utilizar el generador de gasolina que guardaba en el trastero de la casa para enchufarlo a la nevera y así poder mantener frías la comida y el agua. Sí, así sobrevivirían mucho más tiempo.

Pero ¿hasta cuándo?

Charlie pagó sus compras, las metió en una bolsa y se dispuso a salir de la tienda.

En el umbral oyó un disparo, aunque no sería el último.

Apresuró el paso y dando saltitos se montó en su coche y enfiló hacia su casa.

Ocho semanas después.

Los termómetros no habían bajado de los ochenta grados y se mantenían en unos sesenta mucho después del anochecer. Había llegado al mundo uno de esos jinetes del apocalipsis, de eso no había duda. Durante el día, la ciudad estaba desierta —nadie se arriesgaba a salir, como si fueran los vampiros de

las películas del autocine—, aunque continuaban oyéndose los disparos. En cuanto llegaba la noche, las calles se llenaban de maleantes que poco antes habían sido ciudadanos decentes. Pero la necesidad apretaba. No eran más que gente buscando comida, agua, gasolina. Lo que fuera que pudiera servirles. Pero eran peligrosos. Más aún con el calor. La temperatura asfixiante podía volver loco a cualquiera. Y el agua era ahora un bien muypreciado.

Las aceras estaban repletas de cuerpos, en las carreteras se acumulaban los coches abandonados. Algunos edificios ardían a lo lejos, y las llamas tardarían en apagarse.

El cielo, despejado, no mostraba señales de lluvias cercanas.

Las sirenas de la policía eran un sueño de un mundo pasado y mejor.

Respirar era un acto detestable, terrible, punzante, espantoso.

Marvin se asomó por la ventana y su hermana Chloe le riñó.

—¿No lo has oído? —insistió el niño. Tenía seis años y no asimilaba del todo lo sucedido. Prefería jugar con sus muñecos, aunque el calor provocara que no estuviera tan lúcido como de costumbre para imaginar diálogos.

—Duérmete —dijo Chloe.

La niña tenía ocho años y estaba tendida de espaldas en su colchón. El camisón se le pegaba en la piel y eso le molestaba, pero ya había refunfuñado lo suficiente antes de irse a dormir. Estaba empapada, y aunque fuera un asco, ya no salía agua de la ducha.

—Hace mucho calor —protestó Marvin—. No puedo dormir.

—Pues cuenta ovejas —dijo ella.

—¿No lo oyes o qué?

—No.

—Sí que lo oyes —refunfuñó Marvin—. Es el teléfono otra vez.

El niño miró de nuevo por la ventana.

Allí estaba. Iluminada por la blanca luz de la luna llena.

La cabina de teléfono. Un cajón horizontal, hecho de paneles de vidrio, con la marca AT&T en la marquesina superior, con la puerta plegable abierta.

En el interior sonaba un *ring* misterioso.

—¿Quién será?

—Marv, no es nadie. Papá te ha dicho mil veces que será solo una mala conexión.

—Pero...

—Pero nada, no hay luz en las farolas, ¿no lo ves? Además, ¿quién iba a llamar a una cabina?

Marvin miró de reojo a su hermana. No tenía una buena respuesta para eso. Y Chloe estaba muy fea, tenía los cabellos pegados a la cara por culpa del sudor y unas ojeras muy marcadas. También estaba muy delgada.

—Duérmete —insistió ella.

—Hace calor, no puedo dormir. Y tengo hambre.

Chloe puso los ojos en blanco.

—Ya sabes que no tenemos mucha comida.

—Pero yo tengo hambre.

Chloe suspiró.

—Ven, vamos. Puede que haya algunos cereales.

Los dos pequeños salieron del salón —dormían allí porque la planta de arriba de la casa era inhabitable— y entraron en la cocina. El sonido procedente de la cabina, tenue, mitigada por las paredes y las mantas que cubrían las ventanas, dejó de escucharse de pronto.

El runrún del generador que alimentaba la nevera ocupó los oídos de los niños y, cuando Chloe le puso el bol por delante, Marvin perdió por completo su interés por saber quién quería hablar con él.

El teléfono sonaba cada noche. Empezaba un poco antes del amanecer y daba al menos veinte tonos. Luego cesaba. Había sido así durante casi todo el tiempo.

Su padre restó importancia al asunto, pero se enfadó mucho cuando Marvin le pidió que le dejara salir para cogerlo.

—No, Marvin, ¿me has entendido? —dijo en tono severo; no era la primera vez—. ¡Te prohíbo que salgas!

—Pero yo quiero saber quién llama.

—No es nadie. Es un maldito teléfono estropeado.

—Pero yo...

—¡No!

Su madre no le consoló cuando Marv empezó a llorar. Era un llanto seco.

Hacía mucho calor para que ella quisiera cogerle en brazos.

Al poco se calló. El esfuerzo de los sollozos era demasiado para él.

El niño solo quería saber quién estaba al otro lado de la línea, nada más. Quizá era alguien que necesitaba ayuda. O tal vez sus abuelos.

Solo sonaba a aquella hora. Quizá también lo hiciera durante el día, pero el trasiego de las actividades cotidianas disimulaba el timbre, aunque ya no

pasaban aviones, ni se escuchaba el tren de mercancías que cruzaba los páramos todos los días a eso de las cinco. No piaban los pájaros ni tosían los motores de los coches.

Pero los disparos seguían oyéndose a veces.

Chloe respiró una bocanada de aire y pareció que la nariz se le llenaba de tierra.

—¿Cuándo va a durar esto, mamá? —preguntó.

Anna no respondió, estaba preocupada por las verduras que tenía encima de la mesa. Estaban marchitas, y no hacía ni quince minutos que las había sacado de la nevera.

—Mira estas lechugas, Charlie.

Este echó un vistazo mientras se secaba el sudor de la frente con el brazo. Las axilas de su camiseta de tirantes estaban rodeadas por un surco amarillento. El pecho y la espalda también lucían un tono ocre repugnante. Sudaba copiosamente, no podía evitarlo.

—Abre una lata de conserva.

Anna bufó.

—Ya no quedan.

Charlie miró a su mujer con semblante serio.

—Tendré que volver a salir.

—¿Adónde vas a ir? Las tiendas están cerradas o saqueadas, ahí fuera no hay nada. Esto es el fin del mundo, Charlie... ¿qué será de nosotros?

Entonces sollozó.

Charlie la atrajo hacia él y la abrazó.

El cabello le olía a toallas mojadas, sucias.

—Ya se nos ocurrirá algo. Confía en mí.

El resto del día lo pasaron sopesando sus opciones, que no eran muchas. Hicieron inventario de todas las provisiones y trataron de descansar lo máximo posible, eso les haría bajar la temperatura. Se ocultaron al cobijo de las sombras de las mantas de las ventanas. Jugaron a las cartas, colocaron algunas piezas de un puzle, Charlie contó varias anécdotas a sus hijos... Habría sido una velada maravillosa si fuera no hubiese estallado el infierno.

Pronto se fueron a la cama y, antes de que saliera el sol, la cabina de teléfono comenzó a sonar.

Nadie atendió la llamada.

Cuatro noches más tarde, Marvin se despertó con impaciencia. No sabía qué hora era con exactitud, pero tenía la sensación de haber dormido mucho. Estaba a oscuras. Las paredes irradiaban calor; seguro que seguían a más de cincuenta grados. Le resultaba extraño haber podido dormir tanto de un tirón. Quizá las fuerzas le estaban abandonando y ya simplemente caía rendido cuando su cabeza tocaba la almohada. No obstante, lo que despertó a Marvin fue un intenso retortijón. Tenía hambre. Mucha hambre.

Se apoyó sobre los codos en el colchón empapado de sudor. Miró a un lado y vio a su hermana dormida. Sus padres lo hacían en la cocina, allí había espacio suficiente para el colchón grande.

Marv cerró los ojos y reparó en que tenía jaqueca, aunque él no conocía esa palabra. «Me duelen las ideas», habría explicado. En algún lugar distante, una sirena se le clavaba con saña en la cabeza. Se puso de pie. De pronto comprendió que la sirena que oía era el teléfono. De puntillas se acercó a la ventana. La manta estaba caliente, pero la apartó un poco.

La cabina de teléfono. El timbre.

Una vez. Una pausa. Otra vez. Otra pausa.

El niño regresó hasta su colchón, se sentó en él sin hacer ruido y se enfundó las zapatillas. Luego se dirigió a la puerta de la casa. Su padre había cerrado con llave. Los tres cerrojos, por supuesto: ahí fuera había gente mala y no podía dejarles entrar.

Marvin abrió con sigilo los pasadores, giró el pomo de la puerta —necesitó cubrirlo con la tela de su camiseta de tirantes porque le quemaba los dedos— y cruzó el umbral. Decidió no cerrar a su espalda, pues el sonido podría despertar a sus padres y además tendría que volver a entrar. Recorrió la corta extensión de césped chamuscado hasta la acera y echó a correr hacia el otro lado de la calle.

Se lanzó sin pensar, abotargado por el calor. Si no había contado mal, ya iba por el duodécimo tono. Quedaban menos de la mitad antes de que se cortara la comunicación. Así pasaba todas las noches antes del amanecer.

El niño entró en la cabina con un salto. Agarró el auricular, que estaba a una temperatura descomunal. Se achicharró la mano. Marv dio un respingo hacia atrás, tropezó con sus propios pies y golpeó la puerta plegable con la espalda. Los goznes chirriaron y la puerta se cerró con un chirrido herrumbroso.

Marvin se asustó. El auricular bailaba colgando del cable. Ya no se oía el timbre.

El tiempo pareció detenerse.

Trató de abrir la puerta plegable, pero no se movió. Los raíles debían haberse obstruido con algo que no dejaba circular los rodamientos, o quizá solo fuera la dilatación.

Marvin no sabía nada del funcionamiento de una puerta plegable, era demasiado pequeño, y aunque el mecanismo era sencillo, los nervios le impidieron pensar con lucidez. Solo se le ocurrió tirar del asidero, pero los dedos le quemaron una barbaridad. Lanzó una patada al vidrio, pero no sirvió de nada: no tenía suficiente fuerza.

Volvió a intentarlo, pero fue en vano. Miró a través del cristal hacia su casa. No se veía movimiento. El resquicio de la puerta abierta parecía insignificante desde allí. Marv gritó, pero los paneles de cristal amortiguaban el sonido.

Entonces, de pronto, fue consciente de algo: allí dentro hacía un calor terrible. Sentía que le faltaba el aire. Se puso frenético y se lanzó contra la puerta, pero lo que hizo fue cerrarla aún más. Ahora estaba completamente atorada.

No obstante, Marvin lo intentó de nuevo. Empujó con el hombro y ensució el cristal con el pringue de su sudor. Tiró del asidero, a pesar de que las palmas de las manos le dolían como nunca antes le había dolido nada. Se dejó caer de rodillas en el interior de la cabina y gritó una vez más.

Rozó el auricular del teléfono con la cabeza y durante un instante lo contempló con una mezcla de humillación y fascinación. Se quitó la camiseta y envolvió el aparato con la tela. Se lo acercó un poco al oído y preguntó:

—¿Quién es?

Nada. No obtuvo respuesta. Aunque él creyó que sí.

Fue una voz. Una sola palabra que no llegó a comprender. O quizá solo fue el sonido de la línea muerta.

Marv bufó, soltó un quejido y pateó de nuevo la cabina.

Lo intentó con el codo, pero le dolió. Empujó y tiró de la puerta desplegable.

Nada. Seguía encerrado.

Entonces notó un pinchazo en la espalda. Un centenar de pinchazos. No. Miles. Un billón.

Se dio la vuelta y vio que el sol salía por el horizonte.

Se estaba haciendo de día.

Si no salía pronto de allí... moriría. Lo supo en cuanto los rayos del sol

terminaron de bañar el resto de la cabina de teléfono. Lo supo de esa forma que solo saben los niños: como el soldadito que muere en las batallas ficticias de su habitación, como los villanos de las películas de Batman, como el Coyote cuando cae por un precipicio al tratar de atrapar al Correcaminos...

De pronto, tuvo mucho miedo.

Y se sintió muy solo.

Charlie despertó y bebió un trago de la botella de agua que descansaba junto al colchón. Anna aún dormía, aunque se notaba que era un sueño ligero. Movía los labios y se agitaba. Estaba soñando. Era algo malo.

Se levantó y se desperezó. Le dolía la espalda, tenía calor y se sentía aturdido. Estaba pegajoso. Parecía que vivían en el tubo de escape de un camión, en el rotor de un avión o en las calderas del infierno.

—Maldita sea —murmuró por lo bajo, pues no quería despertar a su mujer.

Fue a la nevera y descubrió que solo quedaba media garrafa de leche y un par de botes de mantequilla. En la alacena había pan de molde, pero poco más. Un ramalazo de temor le recorrió los huesos. La última vez que salió al exterior recorrió una decena de manzanas y no encontró un solo establecimiento que no estuviera saqueado. Se le ocurrió que tendría que entrar por la fuerza en las casas de la gente, en las que estuvieran bien provisionadas. Podría pedir ayuda, pero no la recibiría. Tendría que emplear la fuerza. Charlie no sabía si Anna estaría preparada para eso. Naturalmente, sus hijos no lo estarían nunca.

Se asomó al salón para vigilar a los niños.

Desde el umbral de la cocina distinguió la forma de Chloe, tendida de costado en su colchón. Las sombras de la sala se proyectaban desde su cuerpo delicado y sudoroso hasta el rincón. A pesar de su aspecto demacrado, se convertiría en una mujer muy hermosa.

Eso, si el sol no dejaba de calentar el maldito planeta.

Cuando reparó en el espacio vacío donde debería estar el pequeño Marvin, sintió que un puño invisible le asestaba un golpe en las entrañas.

Recorrió el salón con la mirada.

El niño no estaba allí.

—¿Marv?

Chloe entreabrió los ojos y se giró.

—¿Qué pasa, papá?

—¿Dónde está tu hermano?

La niña miró hacia el colchón de Marvin y sus ojos se abrieron como platos a medida que asimilaba la ausencia del pequeño.

—No sé... ¿habrá ido arriba?

—Arriba hace mucho calor.

Cruzó el salón a toda prisa y subió las escaleras. Anna salió de la cocina, desconcertada, comprendió que Marv no estaba y fue a abrazar a su hija.

Oyeron las pisadas de Charlie de un lado a otro de la planta superior, comprobando cada habitación. Cuando bajó de nuevo, su piel estaba roja por el esfuerzo. Jadeaba notablemente.

—¿Dónde demonios se ha metido?

—¿No has oído nada, Chloe? —preguntó su madre.

La niña se encogió de hombros.

—Estaba durmiendo. Yo... yo... —Las palabras se le agolparon en la boca.

Anna encendió las lámparas portátiles y el salón adquirió el aspecto de la sala de espera de un hospital, pero Charlie recayó en que no le había hecho falta encender las luces para descubrir que el niño había desaparecido. Dirigió la vista hacia la ventana: estaba cubierta por la manta. Ni un solo resquicio de luz. Miró en derredor y descubrió un detalle que había pasado por alto. La expresión de su rostro se descompuso en una mueca cadavérica.

—¡Santo Dios! —exclamó, llevándose las manos a la cabeza.

La puerta principal estaba entornada.

Alguien había entrado en la casa.

Quizá Marvin se había escapado.

Se precipitó hacia la entrada y abrió de un golpe.

Una bocanada de calor le golpeó como una llamarada de fuego.

Le costó respirar. La claridad le obligó a cerrar los ojos un momento hasta que pudo acostumbrarse a la luz.

Entonces Anna gritó, señalando hacia algún lugar.

Charlie siguió la dirección de su dedo y vio a Marv.

Estaba encerrado en la cabina de teléfono.

El maldito y desobediente Marvin Roscoe había salido para averiguar por qué el teléfono sonaba cada noche, casi al amanecer.

Charlie comprobó su reloj. Eran las nueve. Joder, el sol llevaba más de dos horas fuera. ¿Qué temperatura podía hacer a aquella hora de la mañana?

¿La suficiente para matar a su hijo?

Marv no se movía. Estaba dormido. O inconsciente.

O muerto.

Esa idea provocó que reaccionara. Se lanzó hacia la cabina pero, después de tres o cuatro zancadas, cayó al suelo, aullando de dolor.

Chloe gritó desde la puerta de la casa, abrazada a su madre.

Charlie estaba descalzo y el caminito de la entrada le había abrasado los pies. A duras penas regresó al interior, buscó sus zapatillas y volvió a salir de la casa a toda velocidad.

Anna gemía, aunque los quejidos le provocaban un intenso dolor en la garganta.

Charlie llegó hasta la cabina de teléfono y de un empujón abrió la puerta desplegable, produciendo un sonoro *clock* cuando llegó al final del recorrido.

—¡Marvin! ¡Marv!

El niño no respondió. Estaba echado sobre el panel de vidrio del fondo, bajo el cajón del teléfono. La repisa donde debería haber estado el listín le habría proporcionado un poco de sombra, aunque no mucha y durante muy pocos minutos. Quizá solo unos segundos.

La piel del brazo y el omóplato que había estado en contacto con el panel de vidrio estaba en carne viva.

—¿Marvin?

Charlie le tocó la cara, estaba ardiendo.

Lo sacudió ligeramente, pero no se despertó. Posó una mano en su pecho pero no encontró los latidos de su corazón.

—¡Despierta, Marv!

Entonces deslizó los brazos bajo el cuerpecito de su hijo y lo alzó en volandas. Cargó con él de vuelta a casa y lo dejó con cuidado sobre el colchón. El cobijo del interior hizo que el hombre soltara un sonoro suspiro. Seguía haciendo un calor terrible —apenas podía pensar con claridad— pero el cambio respecto a los miles de alfileres que se le clavaron en la piel mientras estuvo fuera era considerablemente reparador.

Anna y Chloe se movían de un lado para otro a su alrededor, histéricas, asustadas.

—¿Se va a poner bien? —quiso saber la niña.

Charlie no respondió.

Anna la atrajo hacia sí y le acarició el cabello.

—No respira, maldita sea, no respira —exclamó Charlie.

Acuclillado junto a su hijo, le puso la mano bajo el cuello para abrirle las vías respiratorias y luego se inclinó sobre él. Sopló en la diminuta boca del pequeño una y otra vez. Otra más. Luego le presionó el pecho tal como le habían enseñado en las clases de primeros auxilios cuando accedió a su puesto de conductor de autobuses.

El niño no respondía.

Charlie imploró para sus adentros.

—Abre los ojos, Marv...

Trece minutos después dejó de insistir.

Anna se acercó a él y le pidió que se detuviera.

—Está muerto, cariño.

—No.

—Déjalo... —dijo, aunque su voz era solo un susurro.

Charlie soltó un gemido y se echó a un lado. Chloe se le acercó y le abrazó.

Anna hizo lo mismo con el cuerpo inerte de Marvin.

Durante mucho rato ninguno de ellos dijo nada.

Había sido todo muy rápido. Porque en la vida real, las desgracias ocurrían de ese modo.

Casi sin darte cuenta.

Fuera, el sol apretaba con rabia. Habría seguido subiendo el mercurio en los termómetros si estos no hubiesen estallado hacía tiempo. Ochenta y siete grados se alcanzaron aquella tarde, una cifra que arrasaba con cualquier otro récord conocido en la historia de la humanidad.

El resto del día lo dedicaron a velar al pequeño.

Se despidieron cada uno a su manera, aunque el amor que sentían por él era el mismo.

Lloraron hasta vaciarse, desesperados.

Dejaron que los minutos pasaran en silencio; la pena y el calor robándoles el aire del pecho.

No cenaron, aunque la noche llegó, y Anna pensó que Marv no sería el último en perecer en la familia. Si el calor no cesaba, estarían condenados.

Si el sol que les había dado vida no hacía una tregua, morirían.

Probablemente más pronto de lo que pensaban.

Maldijeron a un Dios en el que no creían, aunque no hallaron consuelo.

Buscaron algo que hacer, pero no lo encontraron.

Se fueron a dormir, aunque ninguno de ellos logró conciliar el sueño.

Casi antes del amanecer, muy a lo lejos, les pareció oír el timbre de un teléfono.

Un maldito teléfono.

Un mundo maravilloso

La luna derrama su luz tenue sobre las calles de Riverview.

El cielo está despejado y hace un calor asfixiante. Una farola parpadea en la acera y termina fundiéndose con un chasquido. Un perro aúlla en el patio de alguna de las casas cercanas.

La noche está siendo tranquila, pero no acabará del mismo modo.

El detective Harvey Jenkins conduce su Chevrolet destartado sin un destino definido. El ronroneo del aire acondicionado estropeado le adormece, de modo que gira el dial del salpicadero para buscar en la radio alguna canción que le haga recobrar el ánimo.

Por algún motivo piensa en su exesposa, y se pregunta cuándo ha sido la última vez que se acostó con una mujer. La travesía por el desierto está siendo dura. Son demasiados espejismos que han acabado convirtiéndose en cactus. Harvey necesita detenerse en un oasis. En uno de verdad.

Un aviso por radio desde la central le saca de su ensimismamiento.

Ha habido un tiroteo en el burdel de la interestatal 4. Al parecer ha habido una fuerte reyerta y las chicas —son putas, son asquerosas putas— han terminado lastimadas o muertas. Uno de los sospechosos ha escapado y huye por las carreteras secundarias del estado, aunque no llegará al puesto fronterizo, pues le siguen varios coches patrulla a poca distancia.

Harvey responde que estará en el burdel en siete minutos y que le vayan preparando un café solo con un chorrito de whisky.

No hace falta que le detallen la dirección: Harvey ha estado allí un puñado de veces, aunque hace bastante tiempo de eso. Ahora prefiere gastar su dinero en tabernas de medio pelo donde le sirven alcohol de dudosa procedencia y alta graduación. Con un poco de suerte, tarda poco en meterse en alguna pelea —siempre que no esté de servicio, desde luego, aunque alguna que otra vez no ha podido evitarlo— y termina la noche saboreando la adrenalina que su alma perdida no encuentra el resto del tiempo.

Harvey Jenkins gira el volante y cambia de sentido. Asoma la cabeza por la ventanilla del coche y escupe a la calzada. Recorre varias calles y toma la salida hacia la interestatal. Poco después detiene el Chevrolet en el aparcamiento de grava.

El letrero de neón reza «Club Quickie» y los ventanales de la fachada están hechos añicos. Hay varios coches patrulla en el aparcamiento y algunos curiosos intercambian impresiones por lo bajo, aunque se mantienen a cierta distancia del local. Harvey se pregunta cuántos de ellos son clientes de aquel burdel de chicas famélicas con ojeras pronunciadas y dientes amarillos.

Cerca del grupo de curiosos, un falso predicador ataviado con una sotana blanca sermonea al pobre diablo que quiere escucharle, aunque no son muchos. Una unidad móvil de una cadena de televisión que se nutre de sucesos truculentos —accidentes, robos, asesinatos, corrupción— está aparcada en el lateral más alejado del aparcamiento. Una joven reportera y su operario de cámara graban algunas imágenes para el noticiario de la mañana siguiente.

Harvey Jenkins pasa por debajo de la cinta policial que acordona la escena del crimen. Un agente de policía —vestido de calle— lo recibe y le ofrece un café en vaso de cartón.

Al parecer han coincidido dos traficantes de drogas en el burdel, dos criminales que en los últimos tiempos se disputaban las mismas esquinas. La discusión ha comenzado cuando uno de los matones de un bando se ha encaprichado de la puta que en ese momento trataba de llegar a un acuerdo con un miembro del otro grupo. La cosa se ha puesto fea y han terminado sacando las armas.

El tiroteo ha sido rápido pero violento. Algunos criminales yacen frente al burdel, con el pecho acribillado por agujeros de bala. Hay sangre por todas partes. Y las huellas de los neumáticos denotan una huida en automóvil de lo más cinematográfica. A Harvey esas películas le dan asco, porque no son nada realistas. Los coches no explotan envueltos en bolas de fuego y las persecuciones no suelen durar tanto.

—¿Cuántas víctimas? —pregunta el detective.

—Muchas, Jenkins. Ha sido una masacre... una pena.

—A mí no me mires, Paul. Esta gente no merece otra cosa.

El agente Paul Forrester se encoge de hombros y mira de reojo a las dos ambulancias que llegan desde el otro lado de la calle.

—Vamos a necesitar más.

—O que esas dos den varios viajes. —Es su modo de hacer un chiste. Por lo general no tienen gracia, pero tampoco es que suela reírse de nada, así que por ese lado está conforme.

—¿Dónde está el forense?

—Viene de camino. Con un equipo de la policía científica.

—Voy a echar un vistazo antes de que lleguen.

Harvey Jenkins entra en el burdel y ve los sofás de piel y las luces estroboscópicas del techo. La zona de las mesas es un auténtico desastre: sillas volcadas, cristales rotos y alcohol por todas partes. Hay chicas muertas, mostrando mucha carne ensangrentada. También hay matones, de los negros y de los blancos, aunque para él todos son igual de despreciables.

Algunas putas han sobrevivido, pero la gran mayoría están muertas. El regente del burdel no se encontraba en el momento de la refriega, el maldito hijo de puta ha tenido suerte. Harvey se anota mentalmente hacerle una visita cuando se calmen las aguas para ponerle las cosas en su sitio. El muy cabrón no puede irse de rositas. Y encima cobrando una fortuna del seguro por los destrozos en el local.

Las dos camareras de la planta baja están a salvo, porque se han ocultado detrás de la barra. Uno de los matones está en el umbral, bocarriba, con el pecho agujereado y los ojos como platos. Las paredes están salpicadas de sangre y el suelo empieza a encharcarse de rojo.

Harvey reconoce a uno de los muertos, al menos lo ha visto en algunas fotos de reconocimiento que cuelgan en los tabloneros de la comisaría. Se trata de Jack el Gordo, y no, lo cierto es que no está gordo. De hecho tiene una buena figura. Aunque ahora importa una mierda, porque no va a ir a ninguna parte, salvo a un cajón de pino y al puto cementerio.

Por los altavoces suena «What a wonderful world», versionada por Nick Cave y Shane McGowan. Qué irónico, en días como aquel uno no puede pensar que el mundo es maravilloso, por mucho que unos cuantos traficantes de droga hayan terminado para siempre sus actividades criminales. Han muerto muchas chicas, aunque quizá sea un alivio, porque claro, al menos así se libran de una vida de mamadas y abusos sexuales por unos míseros dólares de mierda.

—¿Quiere alguien apagar esa puta música?

Algunos de los policías que recorren la sala se vuelven para mirar a Jenkins, pero ninguno se acerca al equipo de sonido y enseguida regresan a sus quehaceres.

Jenkins apura su vaso de café y lo deja encima de una mesa que no está volcada. Saca un paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta y se lo enciende. No es recomendable fumar en la escena de un crimen, pero teniendo en cuenta que hay colillas y vasos rotos por todas partes, Jenkins no cree que unas cuantas cenizas más vayan a marcar la diferencia. La policía científica

sacará algunas huellas dactilares, pero lo cierto es que la mayor parte de los malos están muertos o malheridos.

Da una honda calada y expulsa el humo por la nariz. Echa un vistazo general a la sala y no siente nada ante tal carnicería. Ya está escarmentado, ha visto muchos asesinatos en moteles de medio pelo y burdeles clandestinos. Ha presenciado peleas entre putas, músicos arruinados, traficantes, oportunistas y santos bebedores. Está acostumbrado a la maldad, a la sangre y al olor a sexo descontrolado. Su experiencia como detective es una mescolanza de almas perdidas y cuerpos mutilados.

No cree que ya le quede nada por ver.

No piensa que haya algo que pueda hacerle torcer el gesto.

Jenkins decide echar un vistazo por la planta de arriba, donde están las habitaciones. Se dirige al fondo de la sala, dejando a un lado la barra y la zona de mesas, y sube la angosta escalera iluminada por velas. Algunas están apagadas, pero las otras danzan con el empuje de la brisa que genera al pasar por su lado. Arriba encuentra otros cadáveres, hombres armados y ensangrentados, chicas desnudas o a medio vestir.

Enfila el corredor y se asoma a las habitaciones. Hay algunas puertas cerradas, pero Jenkins no tiene ningún interés en abrirlas. Al llegar al extremo del pasillo entra en la habitación reservada para buenos clientes —él lo fue en alguna ocasión— y ve que allí también se ha colado la muerte.

Es entonces cuando descubre que está equivocado. Su boca se convierte en una línea blanca muy apretada y los ojos se le abren como platos. Sí que le quedaba algo por ver.

Las piernas le flaquean y siente náuseas. Cree que va a vomitar de un momento a otro.

Hay una chica tirada en medio de la habitación. Está bocarriba, con las piernas abiertas y los pezones de sus pechos pequeños pero firmes apuntan al techo. Desde la cadera derecha hasta el hombro le recorre un tatuaje de unas hojas de una planta exótica. Tiene los ojos abiertos, la boca desencajada de terror y dos agujeros de bala en el cuello. Jenkins piensa que no debe de haber tardado mucho en morir, y apenas ha debido de sentir dolor.

El corazón del detective estalla en mil pedazos.

Hace varios meses que no ve a la chica, pero la reconoce de inmediato. No puede ser de otra forma.

Ahoga un grito en su garganta y el cigarrillo se le cae de las manos.

Se arrodilla junto al cuerpo pero no se atreve a tocarlo. Verla desnuda y

desvalida lo acongoja. Aún no es mayor de edad, cree recordar, todavía le quedan un par de meses. El pelo corto y negro lo tiene impregnado de sangre.

Jenkins siente como si acabara de saltar por un puente sin una cuerda atada a los tobillos.

Maldice en voz alta, una y otra vez. Cierra los puños y golpea el suelo.

Reprime las lágrimas y aprieta la mandíbula todo lo que puede. Se muerde un labio y se hace un corte. El sabor cobrizo de la sangre en la boca le hace reaccionar.

Jenkins se pone en pie y sale disparado de allí.

Al salir del burdel, se encuentra a Paul hablando con el forense, que está rodeado de paramédicos y otros agentes de policía.

Paul observa cómo Jenkins se abalanza hacia su coche y hace chirriar los neumáticos al huir de allí.

Después de largo rato conduciendo se detiene en una estación de servicio y compra un pack de seis latas de cerveza con los ojos anegados en lágrimas. Antes de pagar, decide que también le apetece una botella de whisky.

Arranca de nuevo su Chevrolet y sube hasta las colinas. Aparca en un desfiladero, donde las parejas van los fines de semana a follar porque no tienen otro sitio adonde ir. La ciudad, que se extiende a lo largo de muchos kilómetros, resplandece con las miles de luces encendidas. No importa que sea de madrugada, no importa que queden varias horas para el amanecer. Aquella ciudad de mierda siempre está viva.

Jenkins abre la botella de whisky y da un trago generoso.

Luego extrae la cartera del bolsillo trasero de sus pantalones. Busca el compartimento de las fotos y ve una de su exesposa. No sabe por qué no la ha sacado de allí todavía. Se le ocurre que tiene que llamarla para contarle la noticia. La conoce bien, no va a resistirlo.

En otro compartimento encuentra la fotografía que está buscando. Se trata de su hija, con el pelo algo más largo y con unos cinco años menos que ahora. La certeza de que ya no celebrará más cumpleaños le desgarran las entrañas. La chica mira a la cámara, sonriente, y luce un bikini de color amarillo. En la imagen aún no tiene el tatuaje, pero para entonces ya había empezado a protestar para que Jenkins le permitiera hacérselo.

Harvey Jenkins da varios puñetazos en el salpicadero del Chevrolet. No para hasta que se hace daño en la mano. El whisky le ha salpicado la camisa y los mocos le caen de la nariz. Enciende la radio y gira la manecilla de un lado a otro del dial. Por un instante oye a un predicador, enseguida cambia a una

canción country y luego a un programa de tertulia deportivo, pero la mayor parte del tiempo es estática.

Al poco sintoniza la KWAZ, y la canción le atraviesa el cerebro como un disparo. Es de nuevo «What a wonderful world», versionada por Nick Cave. Es irónico que vuelva a escuchar esa canción por segunda vez en la misma noche. Pero así son las cosas: un cúmulo de casualidades y coincidencias que probablemente no lo sean.

Jenkins suelta una carcajada nerviosa y se echa sobre el volante, sollozando como una niña pequeña. Cuando la canción acaba, parece que el detective se ha quedado sin lágrimas. Vuelve a incorporarse y da otro trago largo a la botella de whisky.

Apaga la radio y susurra:

—Un mundo maravilloso, maldita sea, un mundo maravilloso...

Notas del autor

Estos seis relatos aparecieron previamente en otros lugares:

«**Un saco de arpillera**» fue editado por primera vez en *El libro de los monstruos*, publicado por Escuela de Fantasía, en 2012. Más tarde fue recopilado en mi primera antología propia, titulada *Una hamburguesa para cenar* y editada por la editorial Tyrannosaurus Books en 2014.

Escribí «**Dientes de septiembre**» para el número ocho de la revista digital *FanZine*, que salió a la luz en 2013. También apareció en papel en la antología *Una hamburguesa para cenar*.

«**Atrapasueños**» vio la luz en la recopilación *Sweet Dreams*, publicada por Corazón Literario a mediados de 2013. Como los dos anteriores, se incluyó en *Una hamburguesa para cenar*.

«**El vendedor de biblias**» se incluyó por primera vez en la antología digital *Dissident Tales* (2014), editada por la editorial homónima. Los personajes están inspirados en unas fotografías que José Naranjo tomó para el grupo «El Vendedor de Biblias», cuyo bajista es Jesús Gordillo, mi compañero de letras en *Espantapájaros*, *Ojos de circo* y *En el lago*. Las fotos eran tan sugerentes que terminaron germinando en este relato.

«**La cabina de teléfono**» es un relato cruel y desalmado. Bajo mi punto de vista, creo que tiene una atmósfera realmente asfixiante. Salió en la recopilación *Tiempo prestado*, coordinada por Sergio Fernández y publicada en formato electrónico en la plataforma Lektu.

«**Un mundo maravilloso**» fue redactado para un libro llamado *13 malas*

semillas pero, por una de esas aciagas circunstancias del mundo editorial, nunca llegó a ver la luz. No me gustaba la idea de que se quedara en el cajón, así que unos meses más tarde envié el relato al I Premio Negrocriminal de Relato Corto que proponía el blog Cruce de Caminos, resultando finalista, y salió publicado en la antología derivada del certamen, titulada *Sin relación aparente*.

J.M.
Agosto de 2018

Contacta con el autor

Puedes seguir al autor y todas sus obras en redes sociales:

Facebook:

<https://www.facebook.com/marttos>

Twitter:

@m4rtos

Web:

www.javiermartos.net